

Punto Rosalía

Juan Manuel Guerrero

A los que hacen.

-

«Libro a la gorra» y otras notas

Este es un «libro a la gorra».

Yo lo financio y lo libero sin costo. Son los lectores quienes le asignan un valor a la obra y, si lo desean, contribuyen a su financiamiento. ¿Cómo lo hacen? Siguiendo las instrucciones al final del libro (ver página 137).

En términos modernos, esta manera de financiar el libro es una variante de crowdfunding. En español, financiamiento colectivo.

Desde una perspectiva menos concreta, este es un libro inusual. Sin precio, es decir, sin dueño. Libre. Y por lo tanto un poco orgulloso, arrojado y soñador. Sí, claro que le teme a la cruda realidad, pero está decidido a enfrentarla.

¿Funciona un «libro a la gorra»? No tengo la menor idea. Son ustedes, los lectores, quienes tienen la respuesta.

Esta es la segunda edición de Punto Rosalía.

La primera edición agotó sus dos mil ejemplares en 2017. Para ponerlo en perspectiva, esto lo ubicaría como «best seller independiente» según ciertas categorías informales del mundo editorial independiente.

Esta segunda edición tiene un enorme trabajo de revisión técnica de los textos, una forma encubierta de lamentar las deficiencias de la primera. El objetivo es comenzar a merecer el apoyo recibido por mis lectores. Mi agradecimiento con ellos não tem fim.

Otra novedad de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons (ver página 143). Eso significa que no todos los derechos están reservados y, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado libremente siempre que se lo haga sin intereses comerciales.

Hablemos de los textos.

Simplificando, podría decir que este es un libro de cuentos. Sin hacerlo, tendría que describirlo como un conjunto de escritos experimentales y diversos que con gran esfuerzo han aceptado agruparse en las tres secciones de este libro. Si además soy honesto, debería admitir que nunca lo aceptaron, tuve que amenazarlos primero y obligarlos después. Y esto es solo el comienzo, así que mejor simplifiquemos.

La primera parte, Viajes, es lo más parecido a un conjunto de cuentos, escritos durante 2016 e inspirados en su mayoría en mis últimos viajes.

La segunda, Indefiniciones, es un limbo. Contiene escritos que se negaron a ser ubicados en otro lugar, a pesar de la persistente presión ejercida. Algunos fueron escritos alrededor de 2010 y otros durante 2016.

La tercera y última, Instrucciones, agrupa las versiones mejoradas de escritos muy informales, casi todos nacidos entre 2008 y 2011, en los cuales puede apreciarse la influencia de mis últimos años en la Facultad de Ingeniería.

Presentados los cuentos y el lugar que aceptaron ocupar, veamos ahora si se dejan leer.

Viajes

● Punto Rosalía

Conocí a Olivia en Berlín, al poco tiempo de llegar a la ciudad sin planes precisos. La primavera apenas se insinuaba y la ciudad no me había impresionado demasiado, pero aun así confiaba en las buenas referencias que había recibido. Me entusiasmaba la perspectiva de nuevas aventuras en aquel lugar desbordante de historia, cuya popularidad entre los jóvenes alemanes no paraba de crecer. Nunca imaginé que los meses posteriores serían los mejores de mi vida. Ni mucho menos que después vendrían los peores, los cuales se extienden hasta hoy.

Pienso en Berlín cada día, no importa lo que haga. Cada uno de los hechos del presente se referencia en aquella época y se convierte en una comparación tan estéril como ineludible. Me recuerdo caminando por la calle 17 de Junio, que penetra el Tiergarten, sin preocupaciones, con mis zapatillas rojas, mis jeans rotos y mi enlulado pelo creciendo libre. Solo o tomado de la mano con Olivia, mirándonos completamente enamorados. No podía creer —ni puedo hacerlo ahora— estar en aquel lugar, viviendo aquella historia. Me sentía dentro de una pieza de ficción. Y como toda ficción, tendría también un final.

Supe que Olivia era todo lo que necesitaba desde el primer momento en que la vi. Era estadounidense. Hablaba un inglés muy claro y un español decididamente bueno. Le gustaba llevar su largo pelo rubio atado en forma de trenza, lo cual de algún modo realzaba su altura y su cuerpo atlético. Tenía, además, un gran tatuaje floral que ocupaba buena parte de su espalda, ramificándose hacia su pierna derecha y por sobre su hombro izquierdo.

Con el tiempo confirmé lo que ya había adivinado. Su genuina libertad que no necesitaba de discursos, su sonrisa espontánea y recurrente, su espíritu calmo y optimista, su romántica claridad para comprender lo importante. Pero había algo más. Un hecho que habría de condicionar toda nuestra relación y, más aun, toda mi vida: Olivia prefería a las mujeres.

Esa preferencia me hacía un privilegiado y era una fuente inagotable de juegos. Olivia era mi novia pero también mi mejor amigo, una promesa de inestabilidad que nunca terminaba de materializarse. Encontramos en las mujeres una pasión compartida y juntos aprendimos a alimentar nuestro deseo por ellas. Eso incluía, por supuesto, la seducción y la conquista. Olivia nunca pudo explicarme por qué me había elegido y, a fin de cuentas, tampoco nos interesaba demasiado. A veces, la verdad no puede ser explicada.

El vínculo que habíamos construido era maravilloso. Nuestra vida compartida fluía con naturalidad, reíamos con frecuencia y disfrutábamos con inocencia de nuestros extensos momentos de intimidad. Jugábamos sobre el césped de algún parque (cuando el sol se decidía a aparecer) o nos quedarnos en la cama, alternando la lectura en voz alta de nuestros textos favoritos con el sano ejercicio del amor. Casi nada nos preocupaba. Lo que alguna vez nos había parecido importante volvió a la categoría de insignificancia, un lugar del cual nunca debería haber salido.

Luego de insistirme durante días, accedí a mostrarle a Olivia cómo los porteños nos acercábamos a mujeres desconocidas, una práctica inusual en Alemania y en Estados Unidos. Lo hacíamos en cualquier momento y lugar. En una plaza, en un café o en la calle, de la manera más descarada, divertida y directa. La apertura de las mujeres en Berlín (que podríamos extender a toda Europa del Norte) facilitaba muchísimo estos abordajes, siempre que se hicieran con altura. A esto se agregaba la conveniente impunidad de ‘ser latino’ y, dentro de ello, los beneficios de

‘ser de Buenos Aires’, un lugar que no solo se evocaba lejano y atractivo, sino que simplemente sonaba muy bien a los oídos extranjeros.

Cuando deseábamos pasar de la diversión a los resultados, ciertos espacios nocturnos lograban destacarse. Nuestro bar favorito era Möbel Olfe, un punto de encuentro de cierta popularidad para aquellos con preferencias sexuales no convencionales. Estaba ubicado a escasos metros de la estación de Kottbusser Tor y, más importante, de nuestro departamento. Ofrecía un ambiente muy cálido y una gran predisposición a la buena conversación, nuestro punto más fuerte, por lo cual resultaba rara y decepcionante la noche que nos devolvía solos a nuestro departamento.

En poco tiempo, el Möbel Olfe se convirtió en un segundo hogar para nosotros. Llegábamos temprano y nos «apropiábamos» del lugar. Elegíamos una ubicación cómoda y nos tomábamos el tiempo necesario para volvernos parte del ambiente. Las mesas eran pequeñas, redondas y altas, para estar de pie. Desde allí, observábamos detenidamente a cada una de las mujeres que entraban al bar. Aguardábamos la aparición de nuestra elegida, momento a partir del cual nos movíamos tan rápido como nos fuera posible hacerlo. Entonces, uno de nosotros (por ejemplo, el favorecido por una mirada) se acercaba a ella, mientras el otro conservaba la mesa y brindaba apoyo gestual a la distancia. La invitación debía ser amigable pero audaz. Y nuestras intenciones debían quedar bien claras desde el comienzo. Si la suerte no nos acompañaba, entonces disfrutábamos de conversar, reír y aprender sobre el caso perdido. Y luego, siempre, lo intentábamos de nuevo.

Resultaba improbable que la mujer que llegara a nuestra mesa no terminara con nosotros en el departamento. La colaboración acentuaba nuestros atractivos individuales y el alcohol terminaba por derribar las dudas que nuestra eventual compañera pudiera tener. El beso era el momento más importante (y el que yo más disfrutaba) y quedaba reservado para el que hubiera logrado una mayor conexión. Dentro de nuestra seducción cooperativa, esta era la única pequeña y lúdica competencia que nos permitíamos. Una vez concretado, el beso de uno abría la puerta al beso del otro. A veces, demorábamos el momento por puro placer y esa dilación se convertía en el primer juego previo de lo que vendría.

Ya no puedo recordar a todas las mujeres que conocimos en el Möbel Olfe, aunque me resultaría imposible olvidar a Ingrid, Sofía, Juliane, Emma o Sandra, con quienes vivimos momentos inolvidables. Pero lo extraordinario de todas estas experiencias fue que todo ocurrió en perfecta armonía y complicidad con Olivia, a quien amaba profundamente.

La oscuridad le daba consistencia a nuestra relación y nos abría las puertas a un paraíso donde las inseguridades o los celos parecían sentimientos demasiado extraños. Cuanto más nos entregábamos al riesgo de otras mujeres, más fuerte se volvía nuestro vínculo. Como una pareja de acróbatas, nos exponíamos al peligro de los grandes saltos con plena confianza.

A medida que llevábamos más lejos los límites de nuestra aventura, pude entender que a veces, para liberarse, es necesario buscar lo que se teme. La atracción, el riesgo y hasta el rechazo nutrían nuestra excitación, realimentando nuestro vínculo. Las nuevas mujeres nos redimían de la letal amenaza de la rutina amorosa y se volvieron una solución tan efectiva como inesperada, abriéndonos un camino que se proyectaba sin obstáculos hacia el futuro.

Sin embargo, nada es para siempre y nuestro amor, como el de todos, estaba condenado a terminar. Nosotros, también condenados a jugar nuestro papel, no lo aceptaríamos. Después de todo, es la única actitud admisible ante los finales irremediables. Lo ignoraríamos primero (como hasta ese momento) y lo resistiríamos después.

Cuando Rosalía entró al Möbel Olfe, nunca imaginé que bajo su cálida presencia se escondería lo inevitable. Supe en el acto que era latina (su piel cobriza, su forma natural de moverse, la expresividad de su mirada) y a juzgar por su sonrisa, ella también lo supo de mí. Y quizás supo mucho más. Con Olivia la elegimos de inmediato y, a los pocos minutos, Rosalía estaba conversando y riendo junto a nosotros.

La conexión debajo de la conversación fue ganando intensidad y, a diferencia de otras ocasiones, no encontraba pausas ni interrupciones. Todos podíamos sentirlo, pero solo comenzamos a inquietarnos cuando la situación perforó las fronteras a las que la vida nos había acostumbrado y percibimos una rara incomodidad que, sin embargo, nos exigía más. Nuestras fisonomías se fueron transfigurando en expresiones que nunca antes habíamos visto. Llegó un punto en el cual ya no nos veíamos los rostros, sino las almas. Las miradas quemaban y los cuerpos, ingobernables, buscaban acercarse. Hasta que lograron desatarse y nos besamos con una ansiedad que pronto se convirtió en urgencia. Momentos después, entre uñas y lágrimas, dejamos el lugar.

Era viernes por la noche y había en el departamento comida, vino y deseo de sobra. Nos amamos con exageración y sin descanso. Solo el domingo, extenuados, dejamos el lugar. Rosalía lo hizo por la mañana... y fue para siempre. Nosotros recién lo hicimos por la tarde, perdidos, para caminar en silencio a lo largo de la fría costanera del Río Spree.

El punto más alto es, también, el primer punto de la caída. Rosalía fue el nombre de ese Punto y nunca más pudimos recuperarnos de su irrupción en nuestras vidas. Algo muy frágil, que no llegábamos a comprender, se había roto de manera irremediable, aunque no tenía ningún sentido admitirlo o confesarlo. No obstante, lo fundamental, lo que anida en lo más hondo de nuestra alma, es algo sobre lo que no podemos decidir. Sencillamente emerge y termina por imponerse.

La incompreensión mutua con Olivia asomó por primera vez en nuestras vidas, de manera casi imperceptible. Fue creciendo hasta ocuparlo todo, a pesar de la resistencia que le opusimos. Diferencias que siempre habíamos ignorado escalaban de manera absurda hasta convertirse en crueles enfrentamientos. Las reconciliaciones eran cada vez más cortas y cedimos a la tentación suicida de juzgarnos con dureza. La paciente insatisfacción nos fue sitiando y, tras varias semanas en caída libre, nuestra formidable historia llegó a su fin.

La distancia total nos puso a salvo del vendaval de sentimientos. Durante semanas dividí mi tiempo entre la depresión de mi cama y las caminatas cada vez más cortas por la ciudad, en las que buscaba las respuestas que me ayudaran a seguir adelante. La angustia se había apoderado de mi pecho y no había llanto que lograra desalojarla. Casi no podía comer. La atmósfera desoladora se completó con la llegada de un invierno tan crudo como indiferente. En un tiempo demasiado corto, mi vida en Berlín, la magnífica ciudad que yo creía haber amado, se convirtió en un infierno.

Me sabía en una trampa peligrosa, de la que busqué escapar con desesperación. Cambié de hábitos, visité lugares postergados y comencé nuevas relaciones, recursos tan racionales como inservibles que solo aceleraron el ahogo. Tuve miedo. Con mi última bocanada de oxígeno me mudé a Génova. Algunas irrelevancias, como el sol, la comida y la belleza de los pueblos vecinos, me mantuvieron a flote. Pero las esencias permanecieron inalterablemente mal.

Pensé en volver a Berlín, pero ya no sería posible hacerlo. Pensé en buscar a Olivia y a Rosalía, pero nunca podría encontrarlas. Pensé en olvidarlo todo, pero ¿qué sentido tiene pensar en lo imposible?

Tras varios meses a la deriva, volví a Buenos Aires (desde donde rememoro esta historia por enésima vez), buscando el modesto pasado que yo había creído feliz. Rodeado de dolores y sutilezas, no podría estar en un lugar mejor. Y sin embargo, me resulta imposible escapar de los omnipresentes fantasmas de Olivia y Rosalía. Todo me resulta insuficiente.

Contra lo que siempre he sostenido, ahora dejo que las fuentes de la felicidad se ubiquen fuera de mí. Y con ello, acepto condenarme. La felicidad interna es conveniente, pero no es verdadera. Es segura, pero también limitada. Buscar la verdadera felicidad es, en definitiva, buscar la desgracia.

Es primavera y, por un momento, la delicada calidez del sol logra apaciguarme. Lejos del ruido, sentado en un banco que mira al incomprendido Río de la Plata, me pregunto si lo extraordinario justifica el altísimo precio del sinsentido.

● El duelo

Alexei tenía diecinueve años aquel día de diciembre. Se levantó temprano, con tiempo suficiente para tomar el mismo desayuno de siempre y llegar a tiempo al lugar pactado. Pensó en desistir, pero no por temor a morir, sino por el extremo cansancio que lo venía agobiando durante los últimos meses. Deseaba ante todo quedarse acostado, a salvo del doloroso mundo exterior.

Se puso de pie, se envolvió en su manta y se sentó frente al pequeño calentador. Quedó allí, inmóvil, durante varios minutos. Cuando por fin reaccionó, calentó el agua y preparó un té. Lo bebió acompañado de unos pedazos de pan duro. Al terminar, tomó el espejo y se miró en él. Vio la melena desarreglada y la barba crecida. No encontró, en cambio, nada que valiera la pena, nada que lo empujara a la cobardía.

Su vida era una cruz. En sus propias palabras, estaba «todo lo enfermo que se podía estar». Un estado tan terminal como lleno de oportunidades. La primera de ellas, El Final.

Caminó hasta la ventana y miró a través de ella con un gesto más desganado que reflexivo. La planicie de la ciudad solo le permitió ver las otras casas del barrio. Por contraste, recordó el desnivel de su ciudad natal, Nizhny Novgorod, proveedora de vistas mucho más generosas, que invitaban a soñar. Sintió una inusual nostalgia por aquel lugar que nunca había apreciado realmente. Cuando no pudo demorarse más, se calzó el abrigo. Ordenó la habitación y cerró la puerta con la instintiva esperanza de regresar.

Caminó hasta el Río Kazanka con lentitud y resignación. El río avanzaba calmo, silencioso e imparable, como la muerte. Miró hacia el oeste y pudo divisar el Kremlin de la ciudad, con la escalonada Torre de Siuyumbiké destacándose. Luego miró hacia el este, donde su adversario, el amanecer y El Final lo estarían esperando.

El frío ya se hacía sentir en Kazán, aunque lo peor estaba todavía por venir. Siempre había sido así, pero no lograba acostumbrarse. Peor, lo detestaba con todo su ser. Ese odio tan visceral se había convertido en su última ancla, en su más decidida esperanza. Si El Final llegara a aplazarse, no lo dudaría, dejaría atrás todos los encierros y partiría rumbo a cualquiera de los sures: Caucasia, Italia... no importaba realmente.

El camino se abría a lo largo de la margen sur del río. La posibilidad cierta de su último día le hizo ver todo más brillante y pudo percibir muchos detalles que hasta ese momento había pasado por alto, como la superficie escarchada resquebrajándose o las duras caricias del viento. La luz iba ganando terreno y se hizo más evidente que las densas nubes de color casi negro amenazaban con desatar una lluvia o una nevada, aunque en el horizonte el cielo se percibía claro en todas las direcciones. No creía en lo inexplicable, pero aun así cedió a la tentación de ver en la composición climática un buen augurio, como quizás lo hizo su adversario en algún otro punto de la ciudad.

Bajo la apariencia de sentido común, el miedo arribó finalmente a la escena. Tuvo que reconocer que el duelo no resolvería nada, para nadie. Por el contrario, todos saldrían perdiendo. Pero ya no había margen para retroceder. El hombre que lo miraba desde un punto más alto en la colina ni siquiera imaginó que Alexei, con su paso cansino y monótono, podía estar dudando. Poco puede el miedo a la hora de detener al destino.

No. Como siempre, no se trataba de aquella mujer, ni del honor, ni de la palabra empeñada. Necesitaba de este momento crítico para liberarse. Y con cualquiera de los desenlaces, la

liberación llegaría.

Llegó al lugar, donde su adversario ya lo estaba esperando. Sintió una rara satisfacción: las historias las prefería de a dos. Caminó hacia él y, cuando estuvieron enfrentados, se dieron la mano con firmeza, buscando ganar el duelo por adelantado. Acordaron que la disputa sería privada, sin testigos ni denuncias. El ganador se marcharía y, de manera anónima, daría aviso a la policía. Como ya habían convenido, las armas serían iguales y efectuarían un único disparo. Estrecharon las manos otra vez y el código de honor quedó establecido.

Desde ese momento, todo ocurrió más allá de su voluntad. Se vio a sí mismo construyendo el desenlace de un enorme sinsentido que, sin embargo, era incapaz de detener. Se vio caminar lentamente y tomar posición, relajar su cuello, respirar profundo, cargar su arma. Se vio, en definitiva, volverse un personaje incomprensible y estulto, como aquellos con quienes había compartido su vida breve y dura. Esos que tanto lo habían fascinado y había creído imposible ser.

El desenlace le pareció breve, sorprendente y, solo un poco más tarde, doloroso. Cayó de rodillas, con las manos cada vez más rojas tomándose la parte baja del pecho, para luego quedar tendido sobre la nieve. Pudo ver a su adversario correr hacia él, apretarle el hombro en inequívoca señal de apoyo y salir corriendo hacia el oeste. También pudo ver El Final acercársele despaciosamente.

El dolor y el frío crecieron. Pero su libertad lo hizo más, hasta alcanzar la plenitud. Definido lo fundamental, solo restaba saber si viviría o no. Dos oficiales de la policía llegaron para intervenir en ese esclarecimiento. Lo cargaron en uno de sus caballos y lo llevaron hasta la (anaranjada) casa de Fedorovsky, un reconocido médico que vivía a unos pocos minutos de allí.

Fedorovsky creyó estar ante uno de esos casos en los cuales la recuperación del paciente se decide en lo más profundo de su alma. El médico cumplió con su parte y aplicó el procedimiento recomendado, el cual se demostró efectivo luego de unas pocas horas. Cuando Alexei despertó, los policías procedieron a interrogarlo, pero solo obtuvieron respuestas evasivas disfrazadas de dolor. El experimentado médico requirió a los policías un momento a solas con el paciente. Tras unos pocos minutos, salió de la habitación para comunicarles que se había tratado de un «equivocado pero necesario intento de suicidio». Los policías se miraron por un instante. Desinteresados en la verdad inconducente, tomaron nota en el reporte y dejaron el lugar.

El hotel

Para Vili.

Nos reencontramos a orillas del Danubio, junto al mágico Puente de las Cadenas (cuyo nombre oficial es Széchenyi lánchíd). Por el color sepia del ambiente, que tenía además un sutil tinte violáceo, intuyo que el atardecer nos alcanzaría pronto. Y a juzgar por cómo vestíamos, es probable que se tratara de un otoño incipiente.

Llegaste muy tarde, aunque ni siquiera me di cuenta. Nos abrazamos con sentimiento durante lo que me pareció un largo par de minutos. La conversación transcurrió cargada de dulzura, mientras todo a nuestro alrededor parecía haberse detenido en el tiempo. No sin caricias, comenzamos a reconstruir la intimidad que alguna vez habíamos tenido.

Yo había ido hasta Budapest para verte. Al parecer, te había extrañado mucho. Todo sugería que no era la primera vez que nos encontrábamos en la ciudad y que alguna vez habíamos sido felices allí. Y cuando digo todo, me refiero a tus ojos tan especiales, que estaban llenos de brillo.

Luego de muchos años en tu amada Sofía, ahora vivías en Budapest. En el barrio donde siempre habías deseado hacerlo, sobre el lado oeste de la ciudad, no lejos del Castillo de Buda. Yo no recordaba que hubieras mencionado ese deseo alguna vez, pero estoy seguro de que así era.

Querías mostrarme algo, una sorpresa. Caminamos unas pocas cuadras tomados de la mano, alejándonos del río hasta llegar a tu auto. Sin dudas era rojo, pero lo recuerdo azulado. Te notaba más determinada, o impaciente, o con menos tiempo (o quizás todo era lo mismo).

Nos dirigimos rumbo al norte, no lejos del centro. Buscábamos «el hotel», según me comentaste con naturalidad. La idea de «el hotel» me resultaba familiar, aunque no terminaba de entender su significado, ni la razón por la cual íbamos a su encuentro. Cuando estábamos llegando, me lo señalaste: un hotel muy grande, sobre una ladera, del otro lado del Danubio. Era imponente, como lo es casi todo en Budapest, aunque me recordaba al Edificio del Archivo Nacional. Y tenía un tejado multicolor, zigzagueante, como el de la Iglesia de San Matías.

Supe que en el pasado habíamos buscado «el hotel» con insistencia, pero nunca lo habíamos encontrado. Aunque no recordaba —ni recuerdo— por qué. Y supe que la razón de esa búsqueda estaba en la frase inscrita en el frente de la edificación, justo debajo del techo.

Yo podía ver la frase, pero no podía —ni podría nunca— saber lo que decía.

Nos miramos con complicidad, como si yo también hubiera comprendido el significado de la frase. Me sorprendió que contempláramos «el hotel» durante varios minutos, en silencio, quizás con el temor de no volver a verlo (o peor, de no volver a verlo juntos). También en silencio volvimos al auto y emprendimos el camino de regreso hasta tu departamento.

Habías preparado una comida con un intenso y delicioso aroma eslavo, aunque no sabría decir qué era ni tampoco cómo se veía. Terminabas de prender la última vela, que anaranjó toda la escena, cuando te tomé con fuerza por detrás. La cena se pospuso, necesaria e indefinidamente, porque nos abrazamos, nos besamos y nos amamos, con desesperación, hasta que las velas se consumieron. Luego, cuando la oscuridad fue completa, todo se volvió negro para siempre.

El aplauso

Para mis amigos Germán y Jakun.

Hace justo treinta años, en 2016, yo estaba sentado donde ahora están ustedes. En ese entonces, tenía veinte años. A mi lado, había tres jóvenes extranjeros algo mayores. Luego de una breve conversación casual, supe que eran dos argentinos y un coreano. Por la cercanía geográfica yo había conocido otros coreanos, pero era la primera vez que veía un argentino. La relación entre ellos parecía muy buena, aunque tuve la impresión de que el coreano no disfrutaba de la compañía de los argentinos en momentos como los que describiré a continuación.

En este lugar, desde donde les hablo ahora, estaba el Presidente. Se disponía a ofrecernos el discurso de apertura de un evento dedicado a los jóvenes universitarios de esta institución, como ustedes. El lema del evento era «Haz oír tu voz».

El Presidente había estado ejerciendo su cargo por más de treinta años, en un sistema que poco tenía de democrático. Y era quizás por eso que se lo trataba con reverencia (tras la cual, casi siempre, se esconde el temor) y se toleraba la monotonía de sus discursos. Carentes de la más mínima empatía con el público, esos discursos podían llegar a durar hasta tres horas, por más insignificante que fuera el evento.

Ese era el contexto cuando el Presidente comenzó su discurso y todos nos preparamos para escucharlo durante un largo tiempo.

Pasados quince minutos, era evidente que ya nadie estaba escuchando al Presidente. Y también que esto no le importaba en absoluto, ya que el discurso continuaba su derrotero con la misma tonalidad monocorde.

Sin embargo, los argentinos a mi lado comenzaron a dar muestras de impaciencia. Primero removiéndose en sus asientos, luego conversando entre ellos (en español, con el resto siempre lo hacían en inglés) y finalmente riendo. Recuerdo que repetían la frase «Vamos redondeando querido» —un argentinismo que refiere al pedido de terminar una exposición— y eso les causaba mucha gracia.

A los veinte minutos, el argentino que estaba a mi lado comenzó a rellenar el formulario de satisfacción. Poco pareció importarle que el evento recién comenzara. A la pregunta sobre el puntaje del evento, respondió calificándolo con un cuatro. A la hora de justificar ese número, completó el área de texto con el siguiente mensaje: «La apertura del Presidente ha sido demasiado extensa y carente de interés». Teniendo en cuenta que no hablaba el idioma, la justificación me pareció de una audacia considerable. Es cierto, sin embargo, que la simple observación del público —todos estaban con sus teléfonos celulares— la justificaba. A los pocos minutos, decidió reforzar el argumento: «El mensaje del Presidente ha ido en dirección contraria al lema del evento». Alejó la hoja, la miró con satisfacción y la guardó con mucho cuidado en su carpeta, como si se tratara del documento más importante entre todos los que tenía.

A los cuarenta minutos de discurso del Presidente, el otro argentino (que tenía una camiseta azul y roja) comenzó a explicarle a su compatriota algo que, a juzgar por su abundante lenguaje gestual, parecía un plan. Y un plan que involucraba a todos los estudiantes que los rodeábamos, ya que luego de terminar con su compatriota, comenzó a brindar disimuladas instrucciones al coreano y a todos los que lo rodeaban. El otro argentino hizo lo propio, en este

caso incluyéndome a mí:

—Cuando el Presidente vuelva a hacer una pausa, empezamos a aplaudir. Y no paramos hasta que se vaya— me dijo, con el pulgar en alto y una expresión facial de optimismo (levantando las cejas y moviendo afirmativamente la cabeza) que no daba lugar a una negativa.

En efecto, el Presidente hacía una breve pausa cada unos diez minutos, tomaba un sorbo de agua y continuaba.

Cuando la primera de las pausas esperadas llegó, los argentinos comenzaron a aplaudir con determinación. Más por la incomodidad de dejarlos solos que por el deseo de sumarnos a esta idea casi adolescente, los estudiantes vecinos los seguimos. Y el resto, de tan distraído, nos siguió por inercia. El aplauso sorprendió al Presidente, pues no había dicho nada relevante. Primero abrió los ojos mirando al público y luego buscó explicaciones entre sus asistentes, quienes también lo miraban perplejos.

El aplauso, además, se extendió más de lo normal. Cuando comenzaba a decaer, los argentinos aplaudían con más fuerza y arengaban por lo bajo al grito de «Vamooooo» —una expresión argentina muy informal de aliento—, lo cual empujaba el coraje de los estudiantes a su alrededor. Cuando la incomodidad de los estudiantes fue más grande que el aliento de los argentinos, el aplauso cesó y el Presidente continuó con su discurso.

Los argentinos nos felicitaron por lo bajo e hicieron una seña (moviendo el dedo índice de manera circular y la cabeza afirmativamente) que todos interpretamos como «cuando haga la pausa, lo hacemos de nuevo». Mientras tanto, el coreano hundía la cabeza entre sus manos y la meneaba en franco gesto de desaprobación.

Así lo hicimos una decena de minutos más tarde, cuando el Presidente hizo su esperada pausa y tomó agua. Un enorme aplauso con epicentro en los argentinos estalló y se tornó incómodo mucho antes, ya que era en realidad una continuación del anterior. A pesar de ello, el aplauso logró extenderse por un tiempo todavía mayor. La incomodidad del Presidente y sus asesores se hizo evidente. También el miedo en algunos estudiantes. El aplauso, finalmente, cedió.

El Presidente retomó su discurso, pero su voz se notaba tensa y exhibía una mayor propensión a cometer errores. Los murmullos crecían a medida que pasaban los minutos y no hacía la pausa que todos estábamos esperando. Tras veinte minutos sin detenerse, el Presidente no pudo más y tuvo que realizar el esperado descanso. Entonces, el aplauso volvió a explotar y esta vez se extendió durante más del doble de tiempo que el anterior.

El aplauso solo se detuvo cuando unos cinco responsables de seguridad se dirigieron hacia el final de la sala y exigieron a los argentinos que los acompañaran afuera del recinto. Los argentinos se negaban a ponerse de pie y, cruzados de brazos, pedían explicaciones sobre el motivo por el cual se les hacía ese requerimiento. En una jugada arriesgada, dijeron que solo aceptarían órdenes impartidas por la policía. El acto permaneció interrumpido, con cientos de estudiantes, algunos funcionarios y el mismísimo Presidente mirando perplejos la tensa discusión y un incipiente forcejeo. Minutos más tarde, llegó la policía. Luego de repetirse los pedidos de explicaciones, que nunca llegaron, los argentinos aceptaron dejar la sala. En un gesto de notable nobleza, el coreano se retiró voluntariamente junto a ellos.

Escortados por la policía, los tres extranjeros se encaminaron hacia la salida ante la mirada atónita de todos los presentes. Entonces, una fuerza interior que yo desconocía hasta ese momento se apoderó de mí. Era mi destino. Sin ninguna posibilidad de elegir, comencé a aplaudir. Mis compañeros me miraron sorprendidos, pero entendieron con rapidez y se sumaron.

El aplauso ya no sonaba a diversión, sino a exigencia de terminar con todo aquello. Era firme, duro y monocorde como los discursos del Presidente.

Tras un par de minutos, el Presidente entendió el mensaje por completo. Lleno de furia, dio un golpe de puño sobre el atril y se fue insultando, seguido por sus asesores.

Cuando todos los funcionarios ya habían desaparecido, el aplauso se tornó jovial y festivo. Los estudiantes sumaron gritos y algunos cánticos. Mientras la celebración se extendía, nos mirábamos con incredulidad y cada mirada encerraba un reconocimiento, una felicitación.

Como una catarata, las lecciones se me vinieron encima, una tras otra. Esas lecciones son las que quiero compartir hoy con ustedes.

No acepten los sermones ni los discursos unilaterales. No ofrezcan reverencia ni, mucho menos, temor. Resistan con inteligencia, con originalidad y hasta con regocijo. Un aplauso también puede ser un acto de rebeldía. Pidan explicaciones y no cedan hasta obtenerlas. Pregunten, siempre pregunten. No dejen solo al justo, al que tiene razón. No hablen demasiado y, en cambio, escuchen con atención a los demás.

Como Presidente de esta gran Nación, les propongo que, hoy y siempre, con más hechos que palabras, hagan oír su voz.

Lo posible

*«Su rostro se había deformado por el azar o el destino, pero aún era ella.»
Peter Epr, al evocar su tardío reencuentro con la felicidad.*

Sentí una atracción incontenible por las dos desde el primer momento en que las vi, mucho antes de comenzar a conversar con ellas. Se veían y se movían como si fueran una, en una sintonía que, si no era natural, parecía haber sido construida durante años. Necesitaba acercarme a ellas, en todos los planos en que me fuera posible hacerlo. Y esta vez, a diferencia de muchas otras, mi deseo no se limitaba a la simple imaginación de un hombre, cuando la comodidad o la inseguridad terminan por imponerse, sino que estaba completamente decidido a llevar mis fantasías al terreno de la realidad.

Las paradisíacas playas tailandesas brindaban el contexto ideal. El espíritu de vacaciones, de libertad, de aventura, se hacía sentir en cada centímetro de la isla en la que el destino nos había reunido durante el mismo y cortísimo espacio de tiempo. El sol agobiante desvestía los cuerpos, los bronceaba, los transpiraba. El descanso nos llenaba de energía y la amenaza del final nos empujaba a liberarla sin especulaciones.

Ellas eran holandesas, lo cual era un gran argumento, inclusive suficiente; sus nombres, Hannah e Inge, lo reforzaban. Eran hermosas, aunque no tanto como para resultar inaccesibles. Y un par de años mayores, lo cual me habilitaba y hasta me comprometía a una mayor audacia. Por último, supuse que la búsqueda de nuevas experiencias era lo que las había traído hasta aquí. Como ocurría casi siempre.

Mi latinidad encajaba a la perfección en ese escenario y no dudé en acentuar los estereotipos que —yo sabía— ellas pondrían a jugar en sus pensamientos. Esto era aún más importante a la hora de la impresión inicial, así que cuando me acerqué por primera vez, en la playa, lo hice de manera despreocupada y sonriente, pero también decidida. La conversación y la noche avanzaron con rapidez. No perdí ni una oportunidad de bromear sobre su belleza y sobre sus edades. Me invitaron a cenar con ellas, lo cual interpreté como un premio a mi desenvolvimiento.

El primer golpe a mis intenciones lo descargó Hannah, cuando de manera tardía mencionó la existencia de su novio. Y el segundo, menor, lo aportó Inge, cuando confirmó no tener uno. Recuperado, decidí no prestar demasiada atención a este tipo de declaraciones que tantas veces habían demostrado ser una mera formalidad, una necesaria etiqueta para la conversación social.

Los días siguientes solo trajeron emociones intensas, es decir, felicidad. Y hasta por un momento, inclusive, pude olvidarme de ella, que estaba tan lejos. Recorrimos la isla en bicicleta, visitando cada uno de sus rincones. Nos bañamos en cada una de las playas secretas; cuando la situación lo permitía, desnudos. Y cada tarde nos sumamos a los partidos de vóley que se extendían hasta la caída del sol, junto a otros viajeros que venían desde los más lejanos rincones del mundo, con sus exóticos rasgos y lenguajes.

En un juego sobre el cual fuimos perdiendo el control sin demasiada preocupación, nos sedujimos lenta y silenciosamente, con la sugerencia implícita y mentirosa de que nada concreto ocurriría.

Yo realmente las deseaba y dejé que ese deseo se expresara de manera transparente cada

vez que tuve la oportunidad de hacerlo. Sin ataduras, mis instintos se fueron inclinando hacia Hannah, equilibrando el complejo vínculo que los tres, conscientes o no, estábamos construyendo.

Fue una tarde, caminando juntos, cuando Hannah me confesó su insatisfacción con la vida que la esperaba de regreso en Holanda. Una tentación accesible cuando uno se encuentra rodeado de palmeras y aguas fosforescentes. La escuché con atención, alimentando su desahogo, y compartí con ella mi visión sobre el tema, una de mis obsesiones. Me pareció haberla conmovido y supe, a esta altura con seguridad, que me deseaba.

Los pocos días habían parecido semanas y el final de la aventura compartida comenzó a vislumbrarse. La cercanía emocional y física se había vuelto inocultable. Un natural sentimiento de temprana nostalgia se agregó al ya denso cóctel de sensaciones que crecía en nosotros. El momento de las definiciones se acercaba y, aunque no lo hablábamos abiertamente, todos podíamos sentirlo.

Esa noche, la última, compartimos dos botellas de un delicioso vino en la playa, bajo la protección de un mar calmo y miles de estrellas. Luego de una larga conversación y de un largo silencio que lo dijo todo, las besé, primero a Hannah y luego a Inge. Esos besos fueron puro sentimiento. Las caricias se deshicieron en intensidad y el eterno calor tailandés comenzó a volverse insoportable.

Entonces, súbitamente, mientras yo besaba a Inge, Hannah soltó mi mano, se levantó en un solo movimiento y nos abandonó. Sin interrumpir a Inge, quien permanecía inmutable ante la partida de su amiga, intenté comprender lo que estaba ocurriendo. Los besos de Hannah, todavía frescos en mí, me dejaron saber que las respuestas debía buscarlas en su cabeza y no en su corazón. Quizás su novio, quizás Inge, quizás ambos.

Con dificultad, detuve a Inge por un momento e intenté convencerla de que fuéramos en busca de Hannah. Pero su única respuesta, corporal y silenciosa, fue la determinación de ocupar con firmeza el vacío que su amiga acababa de dejar. Rendido a la energía de su oposición, me entregué a la consumación incompleta de nuestra relación triangular. Cuando la permanencia en aquella playa se volvió insostenible (una soledad imperfecta, una oscuridad insuficiente), decidimos caminar hacia el sur, donde esperábamos encontrar la intimidad que por lo general provee lo lejano.

Llegamos al punto donde la playa se extinguía. Solo allí descubrimos las sombras y la tranquilidad que habíamos estado buscando. Había una gran pared gris, unas rocas y unos pastizales. El lugar era el menos vistoso de todos los que habíamos recorrido para llegar hasta ese rincón olvidado, pero a veces la belleza tiene la forma de lo necesario.

Sobre esa playa agonizante, con el mismo mar a nuestro lado y bajo las mismas estrellas, recomenzamos nuestro ritual de besos. Nos amamos como si fuera la primera o la última vez — de hecho, lo eran—, mientras sin decirlo pensábamos en Hannah.

Cuando el amanecer comenzó a insinuarse, nos levantamos y nos vestimos. Tomados de la mano, volvimos hasta el departamento donde Hannah quizás dormía. Al llegar, siempre afuera, despedí a Inge con un largo beso colmado de contradicciones que fue cargando mi pecho de angustia. Me miró alejarme y enviarme un último beso a la distancia antes de doblar en la esquina. Luego, ya sin poder contener el llanto, caminé sin rumbo hasta mi hotel.

• Ficción o realidad

Para Lisa.

Conocí a Martha Argerich en Frankfurt, el jueves 10 de marzo de 2016. O quizás el día siguiente, ya no lo recuerdo bien. No fue fácil concretar ese encuentro. Ella vivía en Bruselas, yo en Buenos Aires y ambos nos movíamos con frecuencia. Es posible que hubiera otro hecho mucho más fundamental que se interponía entre nosotros. Ella era una famosísima artista, mientras que yo era un completo desconocido. Es decir, ella no tenía ni la más remota idea de mi existencia.

El encuentro ocurrió en el Museo Alemán de Cine, uno de los pocos lugares de Frankfurt donde la ficción se le anima a la realidad. Había allí un café muy elegante y muy alemán. La elección del lugar estuvo a mi cargo y no fue para nada casual. Era uno de los argumentos más fuertes con los cuales pretendía convencer a Martha de aceptar mi invitación a encontrarnos. Si yo, ese completo desconocido, la defraudaba, al menos le quedaría el consuelo de haber conocido aquel lugar.

Otro de mis argumentos se apoyaba en la elaborada e inusual carta de invitación que le había preparado. Explicar a qué me refiero me demandaría otro escrito casi tan largo como este, por lo que esa explicación quedará para otra ocasión. Lo que sí puedo mencionar es que la carta incluía la promesa de añadirle una dedicatoria de mi puño y letra, en caso de vernos.

El último de mis argumentos era objetivamente el más débil, pero aun así era mi favorito y yo creía en su potencial. Kati, la mujer en la que pensaba a diario en aquella época, tenía un sorprendente parecido físico con Martha (con una generación de diferencia), vivía en Frankfurt y también estaba invitada a participar de nuestro encuentro.

Estos argumentos que algunos podrían señalar como «cargados de fantasía» surgían ante la imperiosa necesidad de apuntalar la categórica pero insuficiente verdad. Yo realmente quería asistir a su concierto en Frankfurt, el día 9 de marzo de 2016 a las 20 horas, pero no había encontrado la manera de coordinar mis vuelos, micros y trenes (desde Buenos Aires) para llegar a tiempo.

Los infortunios, si uno sabe buscar en sus consecuencias, tienen el beneficio de abrir nuevas posibilidades. Y un encuentro personal con Martha fue esa nueva posibilidad que me llenó de motivación y entusiasmo.

Ya escrita la carta para Martha, el siguiente desafío consistía en hacerla llegar a sus manos y lograr que fuera leída a tiempo. Una opción para lograrlo consistía en enviar la carta abierta, exponiendo su inusualidad ante los intermediarios. Esto significaba confiar demasiado en ellos, así que en cambio decidí utilizar un sobre de calculado y llamativo diseño. Era color claro pero no amarillo, con un sutil toque infantil y un pretendido título intrigante:

MARTHA ARGERICH

Si el contenido de este sobre es leído hoy, podría convertirse en realidad.

Si no, no.

Detallar cuáles de estos factores estimularon a Martha a aceptar mi invitación sería un mero ejercicio de imaginación. Y la imaginación no es mi fuerte. Durante el encuentro ella mencionó que la carta había sido «poco habitual» y eso me resultó más que suficiente.

El parecido físico entre Martha y Kati fue el primer e inevitable tema de conversación. Sirvió además como una excelente excusa para «romper el hielo», dando lugar a la cálida sensación de que nos conocíamos hace tiempo.

Ese parecido que Martha calificó como «irreal» fue el disparador del tema que ocupó casi la totalidad de la conversación: los límites entre la ficción y la realidad. Quizás influenciado por mi formación de ingeniero, yo sostenía que la realidad (la del autor) era la que terminaba dando forma a la ficción. Martha lo veía al revés, era la ficción (y con ello incluía a la imaginación) la que arrastraba a la realidad. Además, me pronosticó que en «muy poco tiempo» contaría con la oportunidad de demostrarme que ella estaba en lo cierto.

—Eso espero. El tiempo lo demuestra todo, aunque más no sea por el peso de su eternidad —contesté sonriendo.

—No estoy tan segura de que el tiempo sea eterno —intervino Kati—. De cualquier modo, prefiero pensarlo como el determinante principal de la consistencia, la verdadera línea divisoria entre ficciones y realidades...

Kati no aclaró si consideraba a la consistencia como un atributo de la ficción o de la realidad, pero cualquiera que hubiera estado allí no habría necesitado aclaraciones.

La conversación continuó durante casi una hora, hasta que Martha anunció que debía retirarse. Al despedirse, nos confió con ánimo alegre que nuestro encuentro le había parecido «como salido de un cuento».

—Los momentos que parecen una ficción son los mejores de la realidad. Qué poca es la distancia entre estos dos mundos —dijo reflexiva.

Yo había pensado largamente sobre la cuestión, así que no dude al contestarle.

—Es cierto. A menudo, la ficción y la realidad están a solo una decisión de distancia.

Buenos Aires, 29 de febrero de 2016

La cena

«*Trông ra cửa Tam quan, thấy một người con gái rất đẹp. Ông bèn đi theo thì chợt người ấy biến mất.*»

Bích Câu kỳ ngộ

«*Miró a través de la ventana y vio una mujer muy hermosa. Bajó a buscarla, pero había desaparecido.*»

Un extraño encuentro en Bich-Cau

Eran las primeras horas de la noche. Una catarata de palabras incomprensibles fue tomando la escena de mis sueños —que ya no recuerdo— hasta despertarme, convirtiéndose en la mundana voz del conductor emanando de los altavoces del micro. Me sentí inusualmente cansado, hambriento y solo. Contemplé el diseño interior del micro y volví a sorprenderme, como lo había hecho al subir por primera vez. Tenía tres filas y dos niveles de asientos-cama, con dos niveles planos de cinco lugares cada uno detrás de todo. En uno de esos lugares del nivel superior estaba yo, junto a otros cuatro muchachos que supuse vietnamitas.

Mientras me despabilaba, percibí un clima de relativo silencio. Los televisores que habían estado proyectando performances de karaoke estaban apagados. También los celulares de varios de los pasajeros, quienes durante el comienzo del viaje se había entretenido jugando sin bajar el volumen.

El micro estaba detenido. Los pasajeros se levantaban y se dirigían hacia la puerta delantera. Todos estábamos descalzos y, a medida que bajábamos, nos calzábamos alguno de los pares de ojotas públicas que el conductor había dispuesto en el piso junto a la puerta.

Ya debajo, hice un paneo general. Estábamos en un clásico parador junto a la ruta, localizado en algún punto del centro de Vietnam. Encontré afuera una brisa fresca que creía olvidada, luego de semanas de calor sofocante en el sudeste asiático. El temor a quedar varado en ese lugar anónimo me empujó a memorizar el micro y su patente antes de alejarme.

Contemplé el cielo limpio y estrellado, con la luna casi llena. Mientras estiraba mis músculos aletargados por la incomodidad del micro, disfruté la pureza del aire por unos minutos.

En uno de los extremos del parador, había un zorro que nos miraba con intensidad. Estaba sentado sobre el límite a partir del cual todo se hacía oscuridad. Tuve la impresión de que estaba concentrado en mí. Busqué la complicidad —o quizás la seguridad— de otros pasajeros, pero nadie se había percatado. Algunos se dirigían hacia los baños, otros fumaban (o reflexionaban mientras fumaban) y otros seguían bajando del micro. Quizás no estaban lo suficientemente despiertos. O quizás los zorros eran comunes en la zona y a nadie le importaba. Para confirmar mi sospecha, caminé en diagonal hacia otro de los extremos del parador. Crecía allí un árbol de sándalo, de fragancia muy intensa, que me recordó la frase de Tagore: «Sé como el sándalo, que perfuma el hacha del leñador que lo hiere». En efecto, el zorro siguió mi desplazamiento con su cabeza, acompañando cada uno de mis pasos. Me detuve y lo miré fijo un par de minutos. El zorro y su mirada enfocada en mí se mantuvieron inmutables.

La situación con el zorro había llegado a un punto muerto, así que lo abandoné y me sumé a los pasajeros que se dirigían hacia el baño. Mientras tanto, me preguntaba si la parada sería lo suficientemente larga como para comer algo.

Cuando regresé del baño, encontré al conductor y sus asistentes organizando a los pasajeros en un grupo de mesas. Por ser el único extranjero, o el único con un aspecto muy diferente, toda la atención estaba puesta en mí, como lo había estado desde que subí al micro. Tal vez era la primera vez que estas personas veían un occidental en vivo y en directo. Y por si fuera poco, realizando tareas tan mundanas como comer o ir al baño. Uno de los asistentes se acercó y me ubicó en una de las mesas, junto a dos hombres y tres mujeres. Durante toda la cena me miraron disimuladamente, sin atreverse a hablarme. No pude saber si se conocían o no, porque tampoco hablaban entre ellos.

Me fue imposible no prestar atención a la atractiva mujer vestida de violeta. Estaba sentada sola en una mesa más pequeña, a unos cuantos metros de distancia. Era joven, digamos que alta y lucía un cuerpo deportivo que transmitía seguridad. Además, parecía un tanto ajena a los movimientos que transcurrían en el parador.

Había en nuestra mesa unos diez platos para compartir, ubicados en el centro. Contenían diferentes comidas cortadas en trozos pequeños. Junto a ellos, había una generosa fuente de arroz blanco, con una gran cuchara y varios platitos hondos. Uno de los hombres tomó el control de la fuente y fue sirviendo porciones de arroz en cada uno de los platitos, pasándolos a los demás comensales mientras sonreía.

Decidí comportarme de la manera más neutral posible y seguir el ejemplo de los demás. Una vez repartido el arroz, el servidor comenzó a distribuir los pares de palitos para comer, limpiándolos con delicadeza antes de entregarlos. Por suerte, yo había aprendido a usarlos durante las semanas anteriores.

Mientras esperaba que los demás comenzaran a comer, decidí echar un vistazo a la mujer de violeta que tanto me había atraído. Con disimulo, la busqué entre las cabezas que se interponían entre nosotros. Cuando por fin la encontré, me sorprendió enfrentarme a su mirada penetrante. Una mirada muy diferente a las de otras mujeres asiáticas. Más todavía. Muy diferente a la de cualquiera de las mujeres que había conocido hasta ese momento. Sostuve la mirada de la mujer de violeta mientras mi corazón se aceleraba, pero eso no la perturbó ni la hizo dudar. Su mirada era firme pero serena. Tenía una dureza que, sin embargo, era dulce... como si un largo tiempo hubiera convertido en fuerza un gran dolor.

Una pareja de pasajeros sentándose justo entre los dos logró separarnos. El cruce de miradas había sido extenuante para mí, así que la interrupción fue todo un alivio. Estaba impresionado y, a diferencia de otras veces, no tenía claro qué debía hacer a continuación.

Una de las mujeres de mi mesa había comenzado a comer y los demás la siguieron, así que decidí (intentar) olvidar por un momento a la mujer de violeta y sumarme a ellos. Comencé por seleccionar aquellas comidas que fueran más fáciles de maniobrar con los palitos, como los cubos de tofu. A medida que fui ganando confianza, avancé sobre el resto de las comidas, algunas de las cuales me resultaban completamente desconocidas. Uno de los platos tenía una especie de tortilla que se veía deliciosa, pero por alguna razón no estaba cortada, así que me resultó imposible accederla con mis palitos. Un minuto después, pude apreciar cómo uno de los hombres utilizaba los suyos para cortarla y apropiársela con lentitud frente a mis ojos cargados de impotencia. No tuve más remedio que concentrarme en las berenjenas, los tomates y unos llamativos dados anaranjados.

A medida que terminaban de comer, los pasajeros se levantaban y se dirigían al baño, al micro o se paraban afuera junto a la ruta. Las mesas donde estábamos cenando se fueron desocupando una a una y supe que un nuevo encuentro visual con la mujer de violeta llegaría de

manera irremediable. Mi sorpresa fue extraordinaria cuando la pareja frente a mí se levantó de la mesa y dejó expuesto un vacío enorme. No había nadie. La mujer de violeta había desaparecido. De inmediato, la busqué con la mirada por todo el parador. Era amplio y visualmente limpio, sin obstáculos que pudieran ocultarla. Era imposible que abandonara el lugar sin que yo lo hubiera advertido.

Recorrí todo el parador y evalué todas las hipótesis, sin resultados. Solo había un micro, el nuestro. Me acerqué a las camareras y a fuerza de gestos intenté preguntarles sobre la mujer de violeta, sobre qué podría haber ocurrido con ella, pero todo fue en vano. Las camareras no entendían o no querían entender.

En busca de otra perspectiva, me senté en la silla que la mujer había ocupado hacía escasos minutos. Me imaginé a mí mismo visto desde allí. Barrí la mesa con la mirada y descubrí, mimetizada, una pequeña rama. La examiné en detalle. Por el olor que todavía podía recordar supe que era de sándalo. Sentí que debía tenerla, así que la guardé en mi mochila.

Seguí contemplando la escena, buscando las respuestas que la razón me negaba. Sobre una de las largas paredes del establecimiento había una serie de telas pintadas. Me sobresalté al identificar en una de ellas a una mujer vestida de violeta. La escena transcurría en un ambiente hogareño. La mujer de violeta estaba sola y parecía preparar una comida, tal vez un desayuno.

Con una mezcla de ansiedad y —debo admitirlo— miedo, me acerqué a la tela para indagarla con mayor detenimiento. Sentí que debía tenerla, así que la tomé. Con extrema precaución y un sutil temblor en mis manos, simulé estudiar sus detalles. Con la tela en mi poder, comencé a caminar frente a cada una de las demás telas, observándolas con minuciosidad, fingiendo un paciente interés que aburriera a quienes pudieran estar observándome. La sucesión de telas me llevó hasta el extremo del parador donde había visto al zorro. Creí adivinar su mirada, pero no logré divisarlo. Me adentré por un instante en la oscuridad y guardé la tela en mi mochila. Tratando de caminar con naturalidad, regresé al micro.

Antes de subir, dejé las ojotas junto a la puerta. Una vez adentro, fui hasta el fondo, donde los cuatro muchachos vietnamitas ya se habían acostado. Me acomodé y me dormí con facilidad. Solo me desperté al día siguiente, cuando llegamos a Hanoi.

• **La mezquita Asimov**

Es la primera vez que escribo sin estar vivo. Nunca creí que algo así fuera posible, pero he confirmado una vez más que los hechos terminan por imponerse a las teorías. Estoy feliz de poder volver a hacerlo luego de casi veinticinco años. Me siento más liviano y libre, sin el peso de mi cuerpo ni de mi historia. La contracara es la ausencia de mi incansable obsesión, además de una fuerza interior mucho más débil y despreocupada. Todo parece indicar que estar vivo es el más potente motor de la literatura. O quizás lo sea ser uno mismo, aunque completamente.

También es la primera vez que escribo en español. El mundo se ve muy diferente desde aquí, más suave, más redondeado y más musical. Veo los colores más intensos, sobre todo el rojo y el verde. La inconsistencia me resulta menos problemática y ya no tengo prisa al escribir, lo cual despierta cierta entendible preocupación en Juan.

Si bien preferiría hacerlo solo, me siento a gusto escribiendo con la ayuda de Juan. Su formación técnica, su capacidad de abstracción y su estilo austero me permiten desenvolverme con comodidad. A diferencia de tantos otros, como McCartney, no tiene ningún interés en cargarme con sus ideas, aunque se encuentra en una posición inmejorable para hacerlo. Adicionalmente, se ha esforzado en conocerme para que yo pueda expresarme de la manera más auténtica posible. Ha leído varios de mis ensayos, novelas, entrevistas y biografías. Eso ha resultado ser más que suficiente. No podría exigirle que lea, además, mis quinientos libros o mis noventa mil cartas. Todo este trabajo lo ha realizado con el noble propósito de ayudarme a cumplir uno de mis sueños: conocer en persona la mezquita Azimov, construida por mis antepasados en la ciudad de Kazán, Rusia.

Es posible que no lo sepan, pero nací en la antigua Unión Soviética. Mi familia emigró a los Estados Unidos cuando yo tenía tan solo tres años. Mis padres tuvieron el valor de dejar atrás todo lo que la vida había previsto para ellos e ir en busca de lo que deseaban para nuestro futuro. Inclusive, tomaron grandes riesgos para hacerlo a tiempo, ya que Estados Unidos impuso severas restricciones a la inmigración de rusos-judíos poco tiempo después de nuestra llegada. Una vez allí, mis padres abrieron una tienda de golosinas, donde vendían diarios y revistas. Ese material de lectura resultó indispensable para que yo pudiera desarrollar mi pasión por escribir.

No haber visitado la mezquita, fuente de orgullo para nuestra familia, me hace sentir en deuda. No solo conmigo mismo, sino también con mis padres. Y con esos antepasados que creyeron posible construirla y lo hicieron, a pesar de las numerosas dificultades que tuvieron que enfrentar para lograrlo.

Siempre he tenido miedo a volar, por eso he viajado en avión solo dos veces en toda mi vida. Ninguna de ellas ha sido para visitar Kazán. Poco pudieron hacer mi amplio conocimiento científico y mi confianza en las estadísticas para derrotar ese miedo que emergía desde lo más profundo de mis entrañas. Tampoco he viajado en barco, simulando creer que mis compromisos editoriales me lo impedían. Pero no soy ingenuo y nunca he logrado engañarme. Fueron simples excusas para disimular la debilidad de mi espíritu. Ni siquiera me tomé el tiempo de viajar en el más accesible mundo de la literatura, a pesar de haber escrito tanto.

Pero ahora quiero dejar atrás toda esa pesadumbre. Estoy en Kazán y es mi oportunidad de cambiar un destino que parecía clausurado. Estaré aquí durante cuatro noches, en compañía de Alena, la guía rusa que oficiará de intérprete ante las personas que encontremos en la ciudad.

Alena es una mujer hermosa, lo cual no me sorprende estando en Rusia. La desgracia de no hablar ruso, siendo ruso, parece no tener límites.

Ya son pocas las cosas que me sorprenden, pero Kazán lo ha hecho por su belleza, alimentada por las famosas aguas del amplio y majestuoso Río Volga. La ciudad se ubica a unos ochocientos kilómetros al este de Moscú y es la capital de la República de Tartaristán. Su población se compone de rusos étnicos (cristianos ortodoxos) y tártaros (musulmanes), pueblos muy diferentes que han aprendido a convivir de manera ejemplar.

Luego de recorrer las apacibles calles céntricas de la ciudad y su Kremlin, nos dirigimos hacia el Viejo Distrito Tártaro, el barrio tártaro por excelencia. Allí se eleva la mayoría de las más de cincuenta mezquitas que alberga la ciudad. Casi desde cualquier punto del distrito es posible ver el minarete de una mezquita. Todas son diferentes y produce un inexplicable placer descubrirlas al doblar en cada esquina.

Soy un apasionado de la historia, por eso me resultó atrapante conocer cómo los tártaros terminaron poblando este distrito. Esa historia incluye una leyenda conmovedora. Luego de que los rusos tomaran Kazán en 1552, los musulmanes fueron expulsados detrás del Lago Kaban, en aquel entonces las afueras de la ciudad, para dificultarles el acceso al Kremlin en el caso de una revuelta. Los incalculables tesoros del Kan tártaro depuesto —que imagino intangibles— fueron entonces escondidos en el lago, donde una gigantesca serpiente Azhdaha los protege.

Mientras imagino la apariencia de la Azhdaha, llegamos a la mezquita Asimov. Lo primero que vemos al bajar del automóvil son trabajos de reparación en marcha, lo cual me resulta francamente decepcionante. Con una parte de su estructura cubierta por materiales de trabajo y la otra con ladrillo a la vista, la imagen difiere bastante de las fotos que había visto. Tras unos minutos, ya superado el desencanto inicial, me alegra comprender que los trabajos permitirán a muchos otros disfrutarla en el futuro.

Debido a mis raíces judías, noto de inmediato la Estrella de David que corona la mezquita, símbolo que en el mundo del Islam es conocido como el Sello de Solimán. Esas raíces no me hacen una persona religiosa, aunque el tema me interesa desde un punto de vista histórico y filosófico. Mi padre era judío ortodoxo, con una sólida formación. Pero no llevaba esas creencias en su corazón, así que nunca buscó que yo siguiera sus pasos. Aunque de otro modo, seguí su ejemplo al convertirme en un agnóstico sin convicción. Solo por carecer de fundamentos racionales para admitir que, en mi corazón, soy ateo. Es decir, un creyente en el final definitivo. Esta desgraciada fe encierra, sin embargo, un posible beneficio: el deber de no dejar cuentas pendientes.

Ingresamos por fin al complejo de la mezquita y una señora muy cálida, luego de interrogarnos, nos expresa un inesperado amor por Argentina. También nos presenta a Azat, el Imam a cargo de la mezquita, con quien iniciamos una amena conversación. Ante nuestra pregunta, nos confirma que nunca antes visité el lugar, algo que obviamente ya sabíamos. Como curiosidad, agrega que muchos turistas —sin la más mínima intención de cumplir un sueño— llegan cada día a conocer el lugar, alentados por esta historia. Al saberlo, no puedo evitar deprimirme.

El Imam nos explica que la mezquita comenzó siendo una simple estructura de madera. Solo en 1887, tras obtener los permisos correspondientes, mi tío abuelo Murtaza Asimov pudo comenzar una nueva construcción a base de piedra, la cual perdura hasta hoy. Con gran desconsuelo, según me han confirmado algunos familiares, murió antes de poder verla terminada. Parece que los Asimov tenemos una predisposición genética a llegar tarde.

Dentro de la mezquita, lo primero que llama mi atención son las ventanas con vitrales de colores. Un diseño inusual en el mundo musulmán, según nos confirma el Imam. El blanco de las paredes realza las ventanas y el rojo de la alfombra principal. La mezquita es bastante pequeña, con una atmósfera calma y espiritual. Se me presenta como un gran lugar para escribir, una idea casi opuesta a mi antigua fantasía de hacerlo en un kiosco del metro de Nueva York.

Salimos al patio y, junto a la mezquita, encontramos la madrassa. Siendo el período vacacional, podemos recorrer sus no demasiado extensas instalaciones, el patio y el área de juegos. Me entusiasma pensar que algún día, quizás, los estudiantes que toman clases aquí leerán algunas de mis historias. Previendo la posibilidad de que también lean estas líneas, me gustaría aprovechar mi privilegiada posición para decirles algo importante: no pierdan el tiempo, vayan tras sus sueños.

Luego de despedirnos del Imam y de la señora cálida, dejamos la mezquita. Ha sido una visita objetable, lo sé, pero no he querido desperdiciar esta última oportunidad de intentarlo. He enfrentado mis sombras y, gracias a ello, he podido lograr una mayor comprensión. Sin dudas, una de las experiencias más bellas de la vida... y del después. Ahora me siento mucho mejor. Juan está orgulloso de mí. Yo, también.

• El fugitivo

Para mi amigo Fabián.

No resulta difícil conseguir información sobre Dagan Zhou. Una simple búsqueda en Internet nos permite saber que se trata de un antiguo diplomático chino. Es recordado hasta el día de hoy por sus crónicas de viaje al Imperio Khmer, localizado en el territorio de la actual Camboya, donde prestó servicios para la realeza china hacia fines del siglo XIII. La información señala, también, que no existen registros oficiales (chinos) de esta misión diplomática y que son muy pocas las certezas sobre cómo transcurrieron sus días con posterioridad a la misión.

Las crónicas se titulan «Las costumbres en el Imperio Khmer» y son referidas en la actualidad como «Las costumbres de Camboya». Tienen cuarenta páginas, tan solo un tercio del original (las páginas faltantes se consideran perdidas). En ellas, Dagan Zhou desarrolla, en una escritura china clásica (aunque con algunos localismos), la más completa descripción de la que se tenga registro sobre las costumbres diarias de los habitantes de Angkor, la capital del poderoso Imperio. Es considerada la ciudad más grande del mundo hasta los tiempos de la Revolución Industrial. Se estima que llegó a tener un millón de habitantes y que tan solo sus templos demandaron más material que todas las pirámides egipcias juntas.

Dagan Zhou también describe en detalle los magníficos Templos de Angkor y se detiene en el célebre templo de Angkor Wat. Destaca sobre él que «según las sabias instrucciones del Rey Khmer, se orienta hacia el oeste, de espaldas al mañana (la salida del sol), en diametral oposición a todos los demás templos, a sus constructores (los reyes previos) y a todas las antiguas ideas fundamentales (sobre Dios, la Muerte y el Tiempo)». Debido a la falta del documento original completo, la sutil cita logra pasar desapercibida, inclusive para los estudiosos modernos. El Rey Suryavarman II, constructor de Angkor Wat, fue el primero de los Reyes Khmer en creer —o saber— que el tiempo podía ser recorrido arbitrariamente, inclusive en la dirección del pasado. No hay mención alguna, en cambio, sobre las penalidades que desataría la osadía de emprender ese viaje.

Con un poco más de estudio puede saberse, además, que Dagan Zhou fue portador de otros nombres, tales como Zhou Jianguan, Zhou Dake o Cao Ting Yimin (esto es, El Recluso del Patio de Techo de Paja). Sin embargo, no es sabido que cada nombre se correspondía con un tiempo, un lugar y un grupo de personas diferentes e independientes entre sí (si eso es realmente posible). Y que existieron, al menos, tantas otras identidades como lo permite la duración del apogeo de la antigua China: Mei Ling Zhou, Zhou Akame, Zhou Lin, etc.

Podría continuar hablando sobre Dagan Zhou como mero recurso de entretenimiento, si no fuera porque tengo en mis manos otro documento, desconocido por las mayorías, titulado «Un registro de Mutul, la tierra y su gente». En él, se describen las costumbres diarias de los habitantes del Reino de Mutul, uno de los más poderosos reinos del mundo maya. En particular, de la ciudad de Yax Mutul (la gran capital, hoy conocida como Tikal) y de sus majestuosos templos piramidales. Las crónicas constan de unas cien páginas. La escritura es maya, pero de una variante temprana de la costa del Pacífico (es decir, diferente de la istmica que predominaba en el Reino) y su autor es Zazil Ha (esto es, Princesa de Agua). No hay mayor información sobre el autor, sobre la motivación de la obra o sobre textos relacionados, ya que estas crónicas

constituyen uno de los escasos documentos mayas que sobrevivieron a la destrucción general perpetrada por los españoles, junto al Códice de Madrid, el Códice Dresde, el Códice de París y las páginas aisladas del Códice Grolier, cuya autenticidad es injustamente discutida.

Así como Dagan Zhou describe los templos de Angkor, Zazil Ha hace un pormenorizado recuento de los templos piramidales de Tikal. En especial, cautivan su atención los «complejos piramidales gemelos», pirámides construidas de a pares, enfrentadas, de las cuales existen nueve. Y dentro de ese grupo, se detiene específicamente en el Complejo de Yaxhá, más pequeño y construido fuera de la ciudad (a unos 30 km), que —según sus propias palabras— «es el único de los nueve que se orienta de espaldas al mañana».

La mera coincidencia de metáforas sobre un tema tan específico no solo es improbable. La estructura de las crónicas, el estilo narrativo y los aspectos que llaman la atención de Zazil Ha son de una condenatoria similitud a los de Dagan Zhou. La diferencia más notable puede encontrarse en las fechas. Las crónicas de Mutul del primero datan del año 546, mientras que las del Imperio Khmer del segundo lo hacen del año 1297.

Con mucha menos consistencia, otros personajes pueden añadirse a la cadena humana que tiene en Dagan Zhou y Zazil Ha sus más sólidos eslabones. Estos personajes (si es que el plural resulta aplicable), por ahora secundarios, son ulteriores en el tiempo y pueden ser rastreados en Roma, Londres y, más recientemente, en Nueva York.

Si algo nos enseña la historia es que los mismos caminos conducen sin remedio a los mismos destinos. Poco parece haber aprendido Dagan Zhou de los trágicos, ineludibles y definitivos finales de sus predecesores. No ha querido comprender, acaso, que sus viajes resultan contrarios a La Ley.

Las grandes travesías no se acometen con la ayuda del Tiempo, sino a pesar de él. Como lo han hecho (su contemporáneo) Marco Polo, Cristóbal Colón o el gran viajero chino Xu Xiake. Muy diferente al de ellos y mucho más triste será el final de Dagan Zhou (y el de este relato).

Recorrer el tiempo de manera arbitraria no significa gobernarlo. Dagan Zhou puede tener mil nombres y vivir en mil lugares durante mil tiempos, pero es inevitable que el brazo eterno (en el sentido más literal de la palabra) de La Ley, mi ley, termine por alcanzarlo.

• El trabajo

Era la mañana de un diecisiete de octubre, el día de «el trabajo» había llegado. La noche había sido tranquila, sin aullidos ni gemidos, así que confiaba en que todo saldría bien. Fue al baño y orinó sentado, relajado, mientras se frotaba los ojos para terminar de despertarse. El baño, como el resto del departamento, no tenía espejos. Se enjuagó la cara y salió hacia el pasillo. Visitó la habitación de su pequeña hija, a quien miró con ternura por unos segundos, y cerró la puerta.

El departamento estaba muy ordenado y limpio. Ya en la sala de estar, visualizó el piano que tocaba con placer casi todos los días después de cenar. Se acercó y lo corrió, descubriendo una pequeña puerta horizontal en el piso. De allí sacó una valija y de ella un arma. Luego volvió a ubicar todo en la posición original.

Desde el balcón disfrutó la gran vista de una Moscú plenamente soleada, como a él le gustaba. El calor y la humedad eran inusuales para aquella época del año. En el horizonte vio avanzar una tormenta que prometía ser intensa.

Volvió a la cocina y preparó el desayuno con dedicación. Lo sirvió y lo disfrutó mientras examinaba la foto de Nikita Jakov, el famoso periodista, a quien admiraba. La vida era injusta. Cuando se cansó de mirar la foto, se dedicó a memorizar el número que estaba en el reverso.

Ya en el automóvil, lo condujo con placer, removiéndose en el comfortable asiento de cuero. Su primera misión consistía en cambiar de vehículo. En la última esquina antes de llegar a destino, cedió el paso a una abuela de aspecto delgado y huesudo. Ella cruzó la calle con lentitud, rengueando, y al llegar al otro lado le agradeció con una sonrisa de metal.

Las nubes oscuras ya habían alcanzado el sol y pronto cubrirían todo el cielo. Los rayos comenzaron a sucederse con creciente espectacularidad y el ruido de los truenos fue aumentando hasta volverse estremecedor.

Realizado el intercambio de autos, condujo hacia el norte hasta alcanzar el Río Moscova, cuyas aguas bajaban negras. Cruzó el puente y la Avenida Mokhovaya lo condujo hasta el corazón de la ciudad: la Plaza Roja. El tránsito era intenso y avanzaba con lentitud. Sin perder la calma, aprovechó para apreciar la Biblioteca Nacional, el Picadero y toda la muralla occidental del Kremlin. Amaba aquella parte de la ciudad, su ciudad.

La escasa velocidad del tránsito lo invitaba a observar a los peatones. De pronto, los vio detenerse y señalar hacia el cielo. Entre los rayos, una esfera luminosa y persistente se desplazaba de forma casi imperceptible en la misma dirección que la tormenta. Además, no lejos de allí, un ave de inusual gran tamaño sobrevolaba el área. Sin margen para distraerse demasiado, observó los fenómenos hasta que el tránsito recuperó fluidez.

Llegó al punto donde la avenida tomaba el nombre de Okhotny Ryad, el mismo lugar donde el majestuoso Hotel Moscova se levantaba sobre la derecha. Había llegado a destino. Estacionó justo frente al hotel, en el lugar que otro automóvil dejó libre cuando lo vio llegar.

Apenas detuvo el motor, se desató un fuerte viento que hizo volar tierra, hojas y demonios. Un hombre muy anciano, de ropas extrañas, cruzó delante del auto, silbando, con los ojos clavados en los suyos. Mientras esperaba que el hombre terminara de pasar, una rama impactó en la parte trasera del auto. Insultó por lo bajo, pero se mantuvo calmo, con la confianza de que la tormenta no generaría imprevistos.

Miró el reloj, todavía faltaba una decena de minutos. Dedicó ese tiempo a contemplar la arquitectura del hotel, por la que sentía un inexplicable magnetismo. Le resultaba sorprendente que el diseño elegido para un edificio tan importante fuera asimétrico, con alas laterales marcadamente diferentes. El estilo general era estalinista, sólido e implacable. Una de sus alas seguía esa línea, dura y eficiente, con ventanas pequeñas y pocos detalles. La otra, amable y vistosa, tenía ventanas más grandes y ornamentadas. Un diseño temeroso de esclarecer las contradicciones. O tal vez con el valor suficiente como para exponerlas.

Mientras examinaba las grandes columnas clásicas del pórtico central, la lluvia se desencadenó con una furia inusitada. Por momentos, las gotas parecían piedras. Las personas corrían en todas las direcciones buscando refugio y agregaban dramatismo a la escena. No le agradaba la lluvia, pero el aguacero favorecía la ejecución de «el trabajo», como si la tormenta también hubiera sido preparada.

Cuando llegó la hora, ajustó el nudo de su corbata y bajó del auto. Miró en todas las direcciones mientras se acomodaba el saco y, debajo de él, el arma. No se dejó presionar por la lluvia, que era una catarata, y a los pocos segundos estaba completamente mojado. Caminó con firmeza hacia la puerta del hotel, donde muchos caminantes se habían refugiado. Pidiendo permiso con genuina amabilidad, se infiltró en el salón central.

Caminó frente a la recepción con la completa seguridad de un huésped legítimo, mientras pretendía secarse la cara con un pañuelo. Subió al ascensor, junto a varios huéspedes, y aprovechó el recorrido para relajarse. Cuando se bajó, saludó con sobriedad y caminó hacia la habitación cuyo número había memorizado durante la mañana. En el trayecto, miró de frente a las cámaras de seguridad que ya habían sido desconectadas.

Al llegar a la habitación, utilizó la tarjeta de acceso que le había sido provista. En un único movimiento, entró y disparó sobre Nikita Jakov, quien estaba de espaldas trabajando y no tuvo ninguna posibilidad de reaccionar. Le tomó el pulso y confirmó que el periodista estaba muerto (ni las Aguas de la Vida y de la Muerte hubieran podido resucitarlo).

Cuando salió de la habitación, cerró con cuidado la puerta, bajó y dejó el hotel con la misma tranquilidad con la que había entrado. La lluvia torrencial se había convertido en una llovizna suave. Subió al auto e hizo el recorrido inverso, con el cambio de autos incluido, hasta que llegó al estacionamiento de su edificio.

El sol comenzaba a esbozarse. En el camino hacia la entrada del edificio, se detuvo un instante para acariciar las botas viejas que colgaban de un árbol que él mismo había plantado. Sin quitarse la corbata, entró y subió hasta uno de los últimos pisos, donde estaba su departamento. Entró y sonrió al escuchar la dulce voz de su esposa. Su hija apareció corriendo, desde la cocina, para recibirlo. Se abrazaron con inocultable amor durante varios segundos. Cuando por fin se miraron, él le anunció que su día de trabajo había terminado. Tendría todo el día para jugar con ella.

Indefiniciones

● El iluminado

Para mi hermosa hermana Mer, que busca inspirarse para llegar a la claridad, pero también la claridad para poder inspirarse. Bienaventurados los que no le temen a los dilemas.

Tuvo una ráfaga de claridad mental. Súbitamente, accedió a una visión profunda que trajo sosiego definitivo a los demonios que lo habían atormentado durante los últimos años. La brisa arenosa del desierto interrumpió el éxtasis y lo devolvió por completo al plano de su conciencia. Comprendió que es la determinación la que cambia el mundo y no la verdad ni la mentira, accesorios de poca importancia en los cuales los pequeños hombres se detienen para evitar las decisiones trascendentes. Razonó que, a menudo, las miserias son parte imprescindible de un todo. Que una verdad necesita, a veces de manera irremediable, del defecto del engaño para poder imponerse.

No había lugar en su revolución para detenerse a resolver contradicciones y se convenció de que, si algún día llegaran a conocerse, le serían perdonadas por otros hombres tan imperfectos como él.

Decidió que cambiaría el mundo a su manera, con las posibilidades de las que disponía, en lugar de esperar a que hombres mejores lo hicieran de una manera más limpia. Admitió que su accionar no quedaría al margen de su propio discurso y que, por lo tanto, él también sería un pecador. Pero no lo negaría. Por el contrario, se presentaría a sí mismo como el primero de ellos.

Creyó maestra la obra que había concebido, así que se entregó en cuerpo y alma a su puesta en marcha. Advirtió que su tiempo (como el de todos los hombres) era escaso y, por lo tanto, no debía malgastarlo en vacilaciones inconducentes.

Supo que debería enfrentarse a la muerte, más temprano que tarde. Lo asumió casi sin perturbarse, con todo el estoicismo del que un ser humano es capaz... tan poco y, quizás por eso, tan inspirador. Su muerte no solo era inevitable, sino también necesaria.

Más temor que su propia muerte le causó la idea del fracaso. Lo atormentó la posibilidad de entregar su vida en vano. Intentó, sin éxito, apartar este escenario de su espíritu. Se volvió para enfrentarlo y vislumbró que un fracaso no sería tan importante, pues en ese caso daría la vida en su propia ley: entregándola por otros hombres.

Repasó las grandes líneas de su plan y se sintió en paz, como realizado por adelantado. Entendió entonces que la verdadera dicha consistía en entregarse por completo, dejando las consecuencias posteriores en un plano secundario. Abandonarse al destino, borrando la posibilidad de elegir otros caminos.

Por último, se sintió un privilegiado, pues podía comprender con claridad el sentido de su vida. Esa búsqueda que siempre había angustiado a los hombres (y siempre los angustiaría) había terminado para él.

Sintetizó esa sensación de plenitud a crédito en una máxima: «Bienaventurado soy, pues creo sin haber visto».

•

El día más triste de mi vida

Tengo imágenes claras de aquella época, aunque un poco mezcladas, como en un documental a medio hacer. El contexto se me presenta, además, borroso. Digamos que tenía unos diez años. O digamos algo más preciso: todavía podía sentir la ansiedad previa a un partido de fútbol, jugar sin pensar en el tiempo y alentar a mi equipo con pasión. Eran los tiempos en que jugábamos al fútbol en una especie de *potrero*, un claro de tierra en el medio de una plaza que en ese entonces me parecía grande. Hasta allí llegaban los muchachos del barrio (muchas veces con sus familiares), a muchos de los cuales solo conocíamos por sus apodos. También jugaban mi hermana y él.

Fue en uno de esos partidos cuando tuve que enfrentar una nueva realidad. Yo había comenzado a jugar mejor que él, a pesar de haber sido quien me había enseñado a jugar. Me negué a aceptarlo. Esa agobiante batalla contra lo inevitable se extendió durante muchos partidos, en los cuales yo bajaba mi nivel de juego de manera deliberada, tratando de que mi nueva superioridad no quedara en evidencia. Sin embargo, esa forma de (no) jugar se demostró insostenible y a fuerza de tiempo tuve que resignarme a que las cosas habían cambiado. El nuevo estado de cosas se fue volviendo normalidad y se extendió paulatinamente hacia el futuro. Años más tarde, casi sin darme cuenta, ya no había partidos en la plaza ni partidos con él.

No fue ese, sin embargo, el día más triste de mi vida.

Muchos años después, aquella amargura que creía extinguida decidió regresar, con otro rostro pero con la misma aspereza. Él sufrió un accidente del cual nunca se recuperaría por completo y tuvo que ser operado de urgencia. Quizás por primera vez, me sentí a su cargo. Entonces, además de sentir el dolor por su sufrimiento, me sentí egoístamente solo, desprotegido y con ganas de llorar, como me siento ahora mientras buceo en el recuerdo de esas sensaciones.

También comprendí que se puede ser feliz aun dentro de un profundo estado de tristeza. Por eso me alegré, a pesar de todo, de poder estar a su lado en aquel momento de necesidad e intenté darle, por una vez, la seguridad que él siempre me había dado. Por fortuna, pudo sobreponerse a la operación, aunque algo había cambiado para siempre... y tenía un sabor decididamente agrio. También aquella vez, como todas las veces, lo ineludible se convirtió en normalidad. Pero las segundas veces siempre traen una lección que no traen las primeras ni las terceras: la posibilidad de la repetición.

No fue ese, sin embargo, el día más triste de mi vida.

El día más triste de mi vida todavía no ha llegado. Pero es tan doloroso que ya puedo sentirlo.

● Postales perdidas

«Un día llega el cartero a su casa para entregarle una curiosidad: una carta que se encontró pegada al buzón cuando renovaron los buzones del pueblo. La carta lleva ahí treinta y cinco años. Ella mira el sobre. Efectivamente, es para ella. Lo abre y lee: es un mensaje crucial.»
Gabriel García Márquez

Hace años que Osvaldo Robledo lleva una doble vida. Durante el día es un aplicado agente del correo, en cuya oficina central procesa decenas de miles de cartas al mes. Pero durante la noche se entrega, sin especulaciones, a lo que considera el sentido último de su vida: rescatar y llevar a destino las postales que el sistema de correos titula fríamente como «perdidas».

Dentro del universo de las cartas, Osvaldo tiene especial debilidad por las postales. Aprecia la potente sencillez de una bella imagen combinada con un mensaje corto y transparente que todos, incluido él, pueden leer. Le resulta sorprendente que una persona pague por enviar ese mensaje público a miles de kilómetros de distancia, exponiéndose a que nunca llegue. O peor, a que nunca sea contestado.

Lo atrapa a Osvaldo, en definitiva, lo que las postales representan: una entrega, que él debe apuntalar con su propia entrega. Es claro que una pasión —y en general, una vida— no puede dedicarse a una tarea si esta no encierra un significado. Cada postal no entregada es, en esencia, una historia humana que podría no ocurrir. Esa idea lo atormenta y durante los momentos difíciles lo empuja (después de todo, para eso deberían servir los tormentos).

Pocos saben de la doble vida de Osvaldo. De ellos, varios lo califican como un demente, un fanático o simplemente un pobre tipo. Algunos integrantes de su familia intentan, en la medida de lo posible, evitarlo. Muy poco le importa a Osvaldo todo esto, pues tiene absoluta claridad sobre la necesidad de que las postales lleguen a destino. Y si el precio a pagar para lograrlo es el menosprecio de sus allegados, bienvenido sea.

A diferencia de cuando comenzó a trabajar en el correo, Osvaldo ya no lo hace por el dinero. No. Trabaja allí porque es el lugar natural desde el cual rescatar las postales perdidas. Al mismo tiempo, ese trabajo le provee un salario mensual, es decir, la posibilidad de financiar sus gastos operativos. Osvaldo ha sabido acomodarse de modo tal que las postales perdidas le lleguen con facilidad. Es el responsable de recibirlas y, junto a todos los demás residuos de la categoría «papel», llevarlas hasta el repositorio de reciclables ubicado en el segundo subsuelo.

El momento preferido de Osvaldo acontece cuando por fin regresa casa y analiza las nuevas postales recolectadas. Estas pasan a formar parte de su ser, de sus sueños y —por qué negarlo— de sus frustraciones. A menudo, los mensajes de las postales lo conmueven hasta las lágrimas. Encuentra en ellos la fuerza para seguir adelante, a pesar de la incomprensión, de las dificultades, del cansancio, del frío, de la lluvia.

Las postales cargadas de pasión, deseo y hasta dramatismo son sus favoritas. Les otorga la máxima prioridad a la hora de organizar las entregas clandestinas. En cambio, le aburren los mensajes largos y/o informativos que buscan maximizar el uso del espacio, por lo general escritos en letra pequeña y de modo enumerativo. Los llama «mensajes transaccionales». Aunque muchas veces quisiera, no los descarta, pues el solo hecho de una postal enviada merece su

respeto y su compromiso.

La entrega de las postales perdidas no es un desafío menor. El mismo correo las ha abandonado, a pesar de las múltiples verificaciones efectuadas por su personal calificado. Por lo tanto, las tareas de investigación ocupan un lugar central en la agenda de Osvaldo e incluyen desde traducciones hasta viajes, pasando por conversaciones con vecinos del barrio de entrega o largas jornadas de reflexión.

La misión que Osvaldo se ha impuesto es matemáticamente abrumadora. Las postales perdidas que recoge del correo promedian las diez diarias. Pero cada día solo puede resolver un promedio de tres. Eso implica que las postales doblemente no entregadas se acumulan a una tasa de siete por día o dos mil quinientas cincuenta y cinco por año. Osvaldo no se resigna a abandonar ninguna de ellas y las ve acumularse en el cuarto de trabajo, a menudo con gran tristeza.

Los razonamientos más elementales llevan a Osvaldo a concluir que su vida entera no alcanzará para entregar todas las postales perdidas que tiene en su poder. En rigor de verdad, cuanto más tiempo viva, mayor será el número de postales bajo su responsabilidad que no podrá entregar. Tampoco puede evitar preguntarse qué ocurrirá con las postales (y sus historias) en las otras miles de oficinas de correo. O en la propia, cuando él ya no esté. Muchas veces, durante su monótono día en el correo, intentar concebir sistemas colaborativos que lo reemplacen y lo trasciendan, pero nunca llega a una solución que le resulte viable.

Tomar conciencia de lo ínfimo de su aporte lo tienta a desistir, pero una fuerza muy profunda y verdadera le otorga las certezas que la sensatez busca arrebatarse sistemáticamente.

Sin embargo, no todo es una causa perdida en la vida de Osvaldo. Cada vez que resuelve y entrega una postal, siempre de manera anónima, la felicidad que lo invade es tan enorme que compensa con creces los martirios que esa postal pueda haberle ocasionado.

Por la noche, antes de dormirse, revive en detalle cada una de las entregas y trata de imaginar cómo habrá sido el momento de la recepción, en especial cuando ha pasado un largo tiempo desde el envío. Para este último caso, también disfruta imaginar cómo habrá sido la sorpresa del remitente al enterarse de que, quizás años después de haberla enviado, su postal sí arribó a destino. Sin embargo, el tiempo es tirano y no puede evitar preguntarse si la entrega habrá llegado demasiado tarde. La verdad es que le gustaría dedicar más tiempo a conocer a estas personas, pero miles de postales amontonadas esperan su destino en el cuarto de trabajo.

A Osvaldo nunca se le ha ocurrido pensar que su tarea es heroica ni que, como podría sugerir Borges, personas como él son las que están salvando al mundo.

• La lección

«Y Frezza, que tal vez necesitaba anotarse un poroto (y sabía la respuesta), se levantó y dijo: no sé.»

Alejandro Dolina

Hace casi veinte años que no veo a Facundo, pero aun así lo considero mi amigo.

Cuando pienso en él, la primera imagen que viene a mi mente es la de un partido de fútbol. En esos partidos de la secundaria nos jugábamos la vida. Eso no le impedía a Facundo abrir el juego a nuestros compañeros menos favorecidos por la naturaleza, quienes a duras penas podían mantenerse en pie y perdían la pelota a los pocos segundos de haberla recibido. Esto le costaba los reproches de otros buenos jugadores (como él) de su propio equipo. Se le plantaban muy cerca y le pedían explicaciones a los gritos, creyendo —pobres— que eso era ser guapo. A los gritos también, les respondía que «los malos jugadores» —así los llamaba, a veces el bien necesita de la aspereza para imponerse—, compañeros después de todo, también tenían derecho a jugar.

Digamos que Facundo era un pibe al que uno podía atribuirle cualquier historia de accionar noble y todos la creerían de inmediato.

Ese era el amigo con el que me reencontré el primer día de la escuela secundaria, luego de una separación de varios años, ya que su padre era militar y su familia se mudaba con frecuencia a diferentes rincones del país. Con poca experiencia en reencuentros, ese día me costó acostumbrarme a la presencia de mi viejo amigo después de tanto tiempo. Para él, en cambio, todo era más natural y no dudó en calificarme como su mejor amigo al responder un ejercicio de la clase de inglés.

La presencia de Facundo era solo un ingrediente más de la extraña e intensa experiencia de comenzar el secundario. El nuevo sistema nos resultaba inquietante. Rector, preceptores y catorce profesores especializados, todos vestidos de traje y con caras serias, en reemplazo de la dulce maestra a la que estábamos acostumbrados. A esto se sumaba la presencia amenazante de los estudiantes mayores, quienes a modo de bienvenida nos arrojaban naranjas desde la vereda de enfrente. El sentimiento colectivo del nuevo grupo era que la escuela secundaria terminaría por triturarnos. Yo trataba de mantener la calma. Si casi todo el mundo (incluyendo algunos impresentables) lograba pasar de año, entonces yo no sería menos.

Así llegó la primera clase de Geografía con el temido Profesor Gauna. Era famoso por repartir dosis (es decir, notas con el número dos) a diestra y siniestra. Y más en general, por su histrionismo. Años más tarde, debido a otro incidente, llegaría a tomarme lección oral cada semana, llamándome «el abogado del diablo». En resumen, yo conocía su fama y sus historias, pero estaba decidido a no dejar que los rumores se adelantaran a los hechos.

Gauna se presentó de manera impetuosa ante una clase completamente muda. Explicó lo que era la Geografía, describió el material de estudio a utilizar y anunció que la próxima clase, al día siguiente, tendríamos una lección oral. Para nosotros, era la primera lección oral de nuestras vidas. Dicho eso, nos indicó que nos quedaríamos en silencio y esperó el final de la clase.

El día siguiente llegó y Gauna entró al aula sin saludar. Preguntó sin vueltas quién había sido el abanderado el año anterior. Todos los que me conocían, la mayoría, se volvieron hacia

mí. Solo atiné a confirmar que sí: yo había sido el abanderado. «¡Pase el abanderaaadoooooooooo!», gritó desproporcionadamente, buscando desplegar el terror. Pasé al frente con todo el temple del que era capaz y, sin precalentamiento, Gauna me molió a preguntas que no pude responder. «¿Qué clase de abanderado es usted? ¡No sabe nada!» y otros comentarios por el estilo fueron utilizados por Gauna para vapulearme sin piedad. «Tiene un dos, siéntese», coronó la humillación pública.

Me senté. Apenas podía contener el llanto de ira. «Qué hijo de puta...», me repetía una y otra vez, incapaz de digerir lo que acababa de suceder. El pánico se había apoderado de la clase. El premeditado mensaje de Gauna —lo entendí después— había sido muy claro: «si esto le hice al abanderado, imagínense lo que queda para ustedes, miserables». Mientras tanto, es más que probable que mis compañeros repasaran con detenimiento los detalles de un futuro que prometía ser muy negro.

Todo esto ocurría cuando Facundo levantó la mano, sorprendiendo a todos.

—Disculpe Profesor, yo vengo de otra escuela y también fui abanderado el año pasado. Creo que debería pasar.

Un silencio más silencioso que el anterior siguió a la intervención de mi amigo. Todos lo mirábamos sin comprender qué carajo pasaba por su cabeza. Gauna era el más sorprendido de todos y lo miraba fijamente, mientras analizaba cómo debía responder al inesperado desafío para sostener su maniobra represiva.

—¿Y usted quién es?

—Facundo «Caña» —dijo, mientras Gauna buscaba en su libreta.

—Acá está, Facundo Cag-na.

—No, «Caña». Se dice «Caña» —lo provocó.

—¡Paaaseeeeeeee!

Mucho antes de conocer la existencia de Dolina, Facundo pasó al frente, convencido de estar haciendo lo correcto. Pero hacer lo correcto no suele traducirse en conocimientos sobre Geografía. Gauna lo molió a preguntas que no pudo responder, luego lo vapuleó por su pobre rendimiento como ex-abanderado y, para terminar, lo mandó a sentarse. «Tiene un dos», redondeó, quizás creyendo que su doblete generaría un impacto todavía mayor. Pero el resultado, por el contrario, era bastante diferente. La escena, por repetida, se había devaluado.

Facundo enfiló hacia su asiento. Dando la espalda a Gauna, sonrió a toda la clase, me miró cómplice y se sentó.

Había cumplido su objetivo. Mi humillación, ahora compartida, pesaba la mitad. Mis compañeros se sentían aliviados, afectados por una rara mezcla de sorpresa y entretenimiento. Sin proponérselo, Facundo se había ganado el respeto de todos, especialmente el de los nuevos. Ese día, la lección no la dio Gauna, ni fue de Geografía.

•

Mano a mano con «El Tinto» Sosa

Para Gonza, quien se jacta de no tener ideales ni creer en milagros. Y sin embargo es hincha de Newell's.

Es lunes por la mañana y el año 2030 recién está comenzando. «El Tinto» Sosa, a punto de cumplir veinticuatro años, ya es señalado de manera unánime como el mejor jugador del planeta, digno sucesor de Lionel Messi y, mucho más atrás en el tiempo, Diego Maradona. Algunos, inclusive, se animan a calificarlo como el nuevo «mejor jugador de todos los tiempos».

Carga sobre sus espaldas la responsabilidad de ganar el próximo Mundial, a disputarse durante los meses de junio y julio de este año. Argentina jugará de local luego de más de cincuenta años e intentará repetir el campeonato obtenido en Rusia 2018.

Descollante número diez de la Selección Argentina, es su comportamiento fuera de ella lo que lo ha convertido en un personaje aún más sorprendente. No solo porque según sus reiteradas declaraciones jugará únicamente para Newell's, sino porque además ha decidido utilizar su peso futbolístico para involucrarse en cuestiones directivas del club y de la AFA.

Pocos pueden entender por qué «El Tinto» rechaza, año tras año, las ultra-millonarias ofertas de los clubes de Europa que lo quieren en sus planteles. En cambio, elige continuar jugando en Newell's, el club de sus amores. Allí, es socio desde el día que nació, cuando su padre decidió inscribirlo siguiendo una larga tradición familiar de fanatismo por los colores rojo y negro.

Sobre estos temas charlaremos con «El Tinto». Lo haremos en una mesa del comedor del club Newell's Old Boys, en la ciudad de Rosario.

¿Por qué insistís en rechazar las ofertas millonarias que te llegan desde el exterior?

Bueno, la verdad es que yo no insisto en rechazarlas, sino que ellos insisten en hacerlas, aun cuando ya declaré públicamente que jamás jugaré en otro club que no sea Newell's.

¿Y a qué se debe esa decisión?

Es muy simple. Soy hincha de Newell's, entonces juego para Newell's. ¿No te parece? ¿Por qué jugaría para otro equipo cuando tengo la oportunidad de hacerlo para el mío? ¿Por qué renunciaría a gritar los goles de mi club, junto a otros compañeros que sienten lo mismo por nuestros colores? ¿Por qué elegiría gritar los goles de un equipo extraño, junto a públicos extraños?

Bueno, el dinero podría ser una buena razón. Podrías ganar hasta treinta veces más jugando para un equipo del exterior.

Es cierto, pero no me parece una buena razón. El dinero nunca es una buena razón para quien tiene la posibilidad de elegir. Jugar para otro equipo por dinero es como alentar a otro equipo por dinero. ¿Vos lo harías? La diferencia es que, por alguna razón que no llevo a comprender, lo primero está aceptado y lo segundo no, aunque en esencia sea lo mismo. Por otro lado, mi contrato con Newell's es muy bueno. Si gano un millón por año, ¿me podés

explicar para qué quiero treinta?

Bueno, quizás la razón podría ser profesional, la posibilidad de jugar con los mejores y contra los mejores...

No me parece que sea tan así. El fútbol argentino tiene un altísimo nivel y con un buen desempeño, como el que tenemos en Newell's, uno puede jugar todos los años contra los mejores equipos de Sudamérica, incluidos los equipos brasileños. Y jugando con la Selección Argentina también es posible lograr un estado de competencia de primer nivel.

Además, seamos claros. Los torneos de Europa no están llenos de grandes jugadores. Eso ocurre solo en los grandes equipos de cada país, con suerte son tres o cuatro, mientras que el resto tiene un nivel bastante bajo. Me gustaría ver a esos equipos medianos (¡y a los grandes también!) jugando contra los ásperos equipos de nuestra B Nacional, como River, Central o Belgrano.

Y qué me decís del desafío de hacer historia en los grandes equipos europeos.

Sinceramente, prefiero hacer historia en Newell's y en Argentina, lo cual te aseguro que es un desafío muchísimo más grande y más satisfactorio. ¿Quién va a negarme que la meta de lograr un Newell's campeón del mundo es mucho mayor a la de hacerlo con el Real Madrid? No hay punto de comparación. Con el Real Madrid todo resulta más accesible; con Newell's, te quiero ver.

El concepto de aceptar a Europa como el centro del fútbol está equivocado. Tenemos que dejar de mirar a Europa. Nosotros, Argentina, Brasil y Uruguay, podemos ser el centro del fútbol. Tenemos que asumirlo, aceptarlo y actuar en consecuencia. No necesitamos copiar ni aspirar a algo más que no sea lo nuestro, con la historia que tenemos.

¿Cómo vivís el hecho de que tu filosofía de pertenencia al club haya inspirado a otros a hacer lo mismo? ¿Te das cuenta de que estás generando una revolución?

No sé si lo llamaría una revolución. Es mucho más simple. Soy de Newell's, juego en Newell's. Si seguir esa idea es generar una revolución quiere decir que estamos en el horno. Y sí, estamos en el horno. Pero también hay una luz al final del túnel, porque más allá de mí, como decís, hay otros jugadores que están eligiendo hacer lo mismo. Eso es muy esperanzador para los años que vienen. Marca un camino y un ejemplo para todos los pibes que están comenzando.

¿Sos consciente de que esta movida está elevando el nivel del fútbol argentino, sus ingresos y, como consecuencia, el ingreso de los jugadores?

Sí, soy consciente y me parece muy bueno que así sea. Pero te repito, no miremos solamente la cuestión del dinero. Hay algo que se llama hambre de gloria y te puedo asegurar que es mucho más satisfactorio.

También te volviste noticia por involucrarte en las cuestiones directivas de Newell's. ¿En cuáles y por qué?

Me gustaría aclarar que esto es algo que decidimos hacer junto a todos mis compañeros, aunque por una cuestión de impacto mediático soy yo el que pone la cara.

Decidimos hacerlo porque había cosas que se estaban haciendo mal y nosotros tenemos el poder de contribuir a que eso cambie. ¿Qué clase de jugadores seríamos si, luego de cobrar contratos millonarios, miráramos para otro lado sobre los desmanejos del club? Creemos que como jugadores tenemos un rol muy importante, con la posibilidad de influir positivamente en el club. Y, por lo tanto, tenemos la responsabilidad de hacerlo.

Dicho eso, aclaro que solo nos involucramos en cuestiones de gran importancia, como temas relacionados a la corrupción o la violencia. Buscamos generar aportes que nos trasciendan. Por ejemplo, hemos impulsado la implementación de una serie de ocho puntos sobre transparencia en el manejo de fondos, resultado de un trabajo de consultoría financiado por nosotros. También, como es de público conocimiento, hemos apoyado las denuncias penales contra dirigentes involucrados en casos de corrupción. Por supuesto, nosotros no somos dirigentes y no podemos dedicarnos todo el día a estas cuestiones. Pero nuestras posiciones han adquirido un valor simbólico importante y se han convertido en una referencia para los hinchas, quienes muchas veces carecen de información suficiente sobre lo que pasa dentro del club.

¿Lo mismo están haciendo en la AFA?

Sí. Es exactamente lo mismo, pero a nivel nacional. Luego de la experiencia positiva en Newell's, les propuse a mis compañeros de la Selección hacer algo similar y aceptaron de inmediato. Lo que más contento me puso fue el entusiasmo de mis compañeros que juegan en el exterior. Es evidente que tenían la necesidad de contribuir con el fútbol local de alguna manera, desde su merecido lugar de privilegio.

¿Algo más que quieras agregar a la entrevista?

Sí, me gustaría volver sobre lo que hablamos al principio y reflexionar un poco al respecto, saliendo un poco de la forma más usual de pensar hoy en día. ¿Qué más puede pedir un verdadero hincha de fútbol que jugar para su equipo, compartir ese sueño junto a otros como él, gritar goles y ganar torneos junto a ellos? Y luego, hacer todo eso mismo en la Selección. Nada. La verdad es que no entiendo todo lo demás...

«El Tinto» se despide sonriente, mientras ofrece su mano firme y serena. Se levanta y se va caminando, sin prisa, entre la gente que lo idolatra y lo saluda mansamente, sin necesidad de desbordes. Todos saben que el día de mañana, y los siguientes, podrán encontrarlo en algún rincón de las renovadas instalaciones del club.

Llega a la puerta y saluda sentidamente a un hombre mayor. No sabemos quién es pero le dice «pibe». Se queda charlando y riendo unos minutos antes de continuar. Sale del comedor y lo vemos alejarse por el patio central, hacia la calle. Debe llegar a tiempo a su casa ubicada en el centro de Rosario. Allí su familia lo espera para comer unos buenos ravioles a la bolognesa que su madre ha estado preparando durante toda la mañana.

Piedad, castigo o silencio

La historia es breve, un tanto superficial y tiene cierto sabor a efímero. Como una noticia. Es posible que ni siquiera merezca aparecer en el índice de este libro.

El micro avanzaba inmovible, a pesar del albor que ya se insinuaba. De repente, los gritos me regresaron a la realidad, si es que esa era la realidad. Sin terminar de despertarme, intenté comprender qué era lo que estaba sucediendo.

La señora sentada justo detrás de mí había perdido su parada. Y no parecía dispuesta a padecer su frustración en soledad. Sin reparar en sus profundamente dormidos compañeros de viaje, recorrió el micro gritando hasta llegar a la cabina de los choferes. Una vez allí, exigió el inmediato regreso. La negativa fue rotunda, pero sobre todo inexpresiva. Demandó entonces bajar allí mismo, donde sería recogida por alguien con mayor facilidad. No hubo caso, los choferes permanecieron inmutables.

Decidida a no rendirse, de regreso a su asiento preguntó a los demás pasajeros, a viva voz, si los choferes realmente habían anunciado la parada perdida. Un «sí» unánime, resentido y gozoso sepultó su última esperanza. No tuvo más remedio que sentarse. Llamó entonces a alguien y, entre jadeos, le explicó los pormenores del caso durante diez interminables minutos.

Mientras escuchaba a la señora y me tomaba las sienes, se me presentaron tres formas de involucrarme en la escena. Podía exigirle a la señora que por favor terminara de una vez con su accionar demencial. Podía rescatarla de su drama mediante una generosa contención, contemplando inclusive la posibilidad de un abrazo. O podía mantenerme en silencio para que el circense espectáculo terminara cuanto antes.

La alternativa de castigar verbalmente a la señora se me presentó como natural, cómoda y hasta deseable. Se respiraba entre los pasajeros una innegable sed de justicia, o de venganza, crecida a la sombra de un despertar demasiado cargado de brutalidad. Me atrevería a decir que lo reclamaban. Sin embargo, ¿qué méritos había en demoler a una señora que se desmoronaba sola? ¿no era, acaso, un acto de cobardía?

La alternativa de contener a la señora se sentía extenuante, ¡qué cansador es ser bueno! Y prometía impopularidad, ya que los pasajeros parecían ajenos al concepto de clemencia. Pero justamente en eso consiste la grandeza: conceder piedad a quien quizás no se la merece.

Quedarse callado parecía la opción más segura y menos desgastante. La que todos, finalmente, elegirían. El famoso silencio, la opción favorita de los cobardes, los mediocres y los sabios.

Más por sueño —con suerte, somnolencia— que por sabiduría o mediocridad, elegí el silencio.

Llegamos a destino, eran las seis de la mañana. El frío y la libertad se hacían sentir. Y lo más importante también: la felicidad de no tener que volver a la parada perdida.

Instrucciones

• El Informe Picaresco

*Para mi mamá, la profe de literatura,
y mi papá, el ingeniero.*

Podría decir que esta es la historia de cómo se gestó (¿y de cómo murió?) el Informe Picaresco, un género literario nacido a orillas del Río de la Plata. Pero también podría decir que es la historia de sus creadores, dos alumnos de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires (FIUBA) empujados por el destino hasta los límites de la literatura existente. En ninguno de los dos casos faltaría a la verdad.

Se hace indispensable una breve biografía de los alumnos. Venidos de las márgenes de la Ciudad de Buenos Aires, viajaban hasta dos horas para llegar a la sede principal de la FIUBA, ubicada en el nostálgico barrio de San Telmo, escenario ideal para una historia triste como esta. Es posible que en esos largos viajes hayan alimentado sus conocimientos literarios. Además, está comprobado que adquirieron un gran conocimiento sobre el transporte público de la ciudad, volcado años más tarde en algunos escritos informales. El trato cotidiano con el suburbio los hacía ariscos, flexibles y arrojados.

Para ser justo, es necesario reconocer que los alumnos no carecían de aptitudes para la ciencia sino más bien de interés por desplegarlas. Inclusive, algunos ex-compañeros los han calificado como «bastante buenos». Este comportamiento esquivo no es, sin embargo, incomprensible. Después de todo, una persona no tiene que dedicarse a algo tan solo porque es buena en ello. De hecho, ni siquiera tiene que hacerlo porque lo quiere. Y las razones para ello pueden ser muchas, como el sentido del deber, el placer de la rebeldía o la aversión al aburrimiento.

En cualquier caso, estos dos alumnos decidieron innovar en el campo de la Ciencia inyectando una buena cuota de Literatura a los precisos, estáticos y aburridos Informes Científicos. De esta forma, inspirados en la clásica Novela Picaresca, dieron nacimiento a lo que bautizaron como el Informe Picaresco.

La Novela Picaresca es un rico género literario desarrollado en la España pos-medieval durante el llamado Siglo de Oro. Nació como una sátira de la narrativa caballeresca (y de la sociedad que le había dado origen) de los siglos anteriores. El protagonista de este género literario es el pícaro, un personaje de bajo rango social, sin ética ni moral, que busca sobrevivir a cualquier costo. Su historia encierra una crítica a la sociedad que lo rodea y, en definitiva, lo condena. A la hora de escoger una referencia entre las Novelas Picarescas, los creadores del género no ocultaban su preferencia por «La pícara Justina», por sobre otros títulos más famosos como «Lazarillo de Tormes» o «La vida del Buscón».

Cómo es posible que dos estudiantes de Ingeniería estuvieran al tanto de esta información permanece como un gran interrogante. Lo más probable es que se haya tratado de alguna de las formas del error, ese acontecimiento tan indeseable como potencialmente enriquecedor.

Un análisis lineal podría llevarnos a pensar que estos alumnos deberían haberse inscripto en la Facultad de Letras y no en la de Ingeniería. El argumento se presenta sólido y racional, pero no contempla que la creación artística sigue a veces caminos misteriosos. O no tanto. Lo más probable es que un alumno de Letras jamás sepa (por fortuna para él) lo que es un Informe

Científico y, por lo tanto, resulta difícil que pueda plantearse una evolución conceptual del mismo.

Es casi seguro que el cansancio y el hastío de los alumnos a la hora de realizar los Informes Científicos fueron los cimientos sobre los cuales se edificó el Informe Picaresco. Sin embargo, estos argumentos se mostraban insuficientes a la hora de exponer y defender la nueva creación ante las autoridades académicas, momento que tarde o temprano llegaría. Se abocaron, entonces, a un mayor desarrollo conceptual que justificara el naciente género literario.

Es importante dejar constancia que los alumnos decidieron enfocarse en los Informes Científicos de la Facultad, realizados sobre experimentos cuyos resultados eran conocidos de antemano. A este caso lo llamaron ‘especial’ y pospusieron el caso que incluía a todos los demás Informes Científicos, al cual llamaron ‘general’.

Los Informes Científicos tradicionales de la Facultad, razonaron, se encuentran condenados a la extinción, por repetir resultados ya conocidos por todos. Y es entendible que así sea. Por lo tanto, dedujeron, es necesario agregarles algún valor adicional y peculiar que les permita acogerse al mandato natural por excelencia: la supervivencia.

Luego de un extenuante trabajo creativo en la Costanera Sur rioplatense, alimentados casi exclusivamente a base de sándwiches de vacío preparados en cuestionables condiciones de higiene, los alumnos definieron las características fundamentales de un Informe Picaresco, inspiradas en los lineamientos generales de la Novela Picaresca:

1. *Narrado en primera persona.* El autor del experimento y del Informe Picaresco es el protagonista, quien asume el rol de pícaro (de ahora en más, el Informador Pícaro). Los personajes complementarios, en general cómplices del protagonista, pueden ser otros alumnos pícaros y/o, mejor aún, los mismísimos instrumentos utilizados en el experimento, como un tubo de ensayo, una pipeta o un vaso de agua. Obviamente, estos instrumentos son personificados y con ello dan un infinito campo de desarrollo a la imaginación del protagonista. Solo por dar un ejemplo, podría mencionarse que «la pipeta Julia, ni lenta ni perezosa, vertió su contenido sobre el temeroso preparado que aún permanecía anónimo».
2. *La forma de escritura es la prosa.* Con elementos tomados del Informe Científico, en particular a la hora de presentar los resultados. Y de la Crónica, ya que estamos hablando de la crónica de un experimento.
3. *Precisión.* Más allá de la insoportable imaginación a la que se someta a los lectores, la exactitud y la claridad de los resultados del experimento son innegociables. No hacerlo sería convertir el Informe Picaresco en un cuento. Y no es que no lo sea, sino que también debe ser un Informe Científico. Pero fundamentalmente, estos resultados serán el refugio de plomo desde el cual se resistirán los inevitables embates de los representantes del orden establecido. Es muy importante tener en cuenta que de no ser correctos los resultados, el Informe Picaresco será reprobado. Es cierto que, de ser correctos, es muy probable que también. Pero la diferencia será enorme: se habrá cometido una injusticia.
4. *Crítica.* Una vez asegurada la corrección de los resultados, el Informe Picaresco cuenta con campo abierto para dar rienda suelta a la impronta satírica. La ciencia, los profesores, las instituciones, la sociedad y hasta el sistema económico mundial son algunos de los blancos preferidos. La crítica no tiene por qué ser moralizante, así que puede alcanzar a

todo y a todos, incluidos el mismo protagonista y sus cómplices. La ironía, la perspicacia, la irreverencia y, sobre todo, el humor inteligente son los recursos recomendados.

5. *Perfil del Informador Pícaro*. Para realzar el impacto de la crítica y rendir un homenaje a su género madre —la Novela Picaresca—, es recomendable incluir información, real o no, sobre el protagonista. Se trata de dejar en claro su moral cuestionable o inexistente, su origen marginal y su carencia de esperanzas en un futuro mejor, para él y para todos. Un antihéroe que se contrapone al ideal de estudiante que obtiene un diez gracias a la realización de un informe tan correcto como vacío. Alguien que no teme decir la verdad porque, al fin y al cabo, no le importan las consecuencias. El Informador Pícaro no viene a salvar a sus lectores, sino a arrastrarlos al barro en el que ya se encuentra sumido.
6. *Determinismo*. A pesar de los propósitos creativos, reformistas y hasta socialmente progresistas del Informador Pícaro, el final es siempre el mismo: la represión y el fracaso. Casi una profecía acerca del destino de los propios alumnos creadores del género.

Armados con el bagaje teórico suficiente, los dos estudiantes escribieron el primer Informe Picaresco de la historia, titulado «Pasión de diapasones». Narra el experimento conocido como «Resonancia entre dos diapasones», cuyo informe es presentado de a decenas cada cuatrimestre por los alumnos de la materia Física I (Cátedra del Doctor Carlos Muslera). Como nota al margen, un diapason es un instrumento en forma de horquilla que se utiliza para emitir sonidos (vibraciones) a una frecuencia conocida, muy popular a la hora afinar instrumentos.

El informe que realizaron contaba con unas sesenta y siete páginas, cuando el Informe Científico promedio resolvía la cuestión en tan solo ocho.

La obra estaba encabezada con una cita que encerraba una dedicatoria: «La pregunta final (‘¿a cuánto deberá vender el kilo de arroz?’) resulta insignificante al lado de otros interrogantes que no están escritos, pero sí sabiamente sugeridos por el Profesor Frascarelli: ¿Tiene sentido la vida? ¿Hay algún propósito en el universo? ¿Cumplimos sin saberlo con algún plan divino o diabólico?» (1).

La narración tenía como estructura general la secuencia tradicional del experimento, pero la trama iba mucho más lejos hasta convertirse en una historia de tintes caballerescos. En ella, los alumnos (es decir, el Informador Pícaro) se auto-incluían bajo la piel de un personaje llamado Ñu, un mero ladronzuelo de minucias, posición desde la cual desarrollaban la narrativa. A su vez, los diapasones adoptaban nombres y personalidades definidas, y se convertían en protagonistas de segundo orden. Uno de los diapasones se convertía en la hermosa Sharon, mientras que el otro adquiría la forma del incontenible Alejandro. Por supuesto, antes de comenzar con las aventuras propiamente dichas, Ñu presentaba su penoso pasado personal, su rol en la historia (por razones poco honrosas, se convertía en una especie de escudero de Alejandro) y su primera serie de críticas a los demás personajes, a la sociedad que lo rodeaba (con claras alusiones a la sociedad actual) y, por simple tradición, al color caballeresco de la propia historia. Terminadas las formalidades del género, la acción (y el experimento) por fin comenzaba. Sharon resultaba secuestrada por un desagradable dragón de piel mucosa, casualmente llamado como la Asistente de Trabajos Prácticos de la materia, y era llevada al corazón del Reino Unitario de Muslera. Allí era expuesta a las más terribles torturas, entre las que se destacaba la exposición a horas de incomprensibles demostraciones matemáticas del malvado pero instruido Rey Carlos, con el fin de forzarla a revelar los secretos mejor guardados de su propio Reino. Por supuesto, Alejandro decidía ir al rescate de su amada, lo cual le exigía superar una innumerable cantidad de

obstáculos (el proceso del experimento, documentado en las planillas anexas). En el momento más crítico de la historia, uno de esos obstáculos parecía ser insalvable y ponía a Alejandro de rodillas, al punto de obligarlo a elegir entre abandonar a su amada o entregar su propia vida en vano (el detalle de la escena, un mero paso del experimento, hace una magistral alusión metafórica a la ‘crisis vocacional’ que sufren los estudiantes de Ingeniería cuando las ciencias duras los desbordan). Nuestro héroe, por supuesto, decidía entregar su propia vida y con ello, en verdad, la salvaba. El final, feliz para ellos, reunía a Alejandro y a Sharon en un amor eterno (una resonancia). Ñu, por el contrario, volvía a su vida de privaciones, luego de que —según su punto de vista— sus contribuciones no fueran lo suficientemente reconocidas.

Es posible que el valor artístico de la obra no haya sido del todo claro (o quizás lo fuera en exceso), ya que la Doctora en Física Ema Gasparini, Jefa de Trabajos Prácticos, resumió su apreciación del trabajo como «una falta de respeto, una insolencia, una broma de mal gusto». El tono furioso parecía confirmar la inexistencia de metáforas o mensajes entre líneas. Mientras se tomaba la cabeza con una mano y agitaba el informe con la otra, volvió a gritar que «nunca había visto algo así», comentario que los estudiantes recibieron con particular satisfacción, aunque trataron de minimizar lo que consideraban un halago desmedido con un «no es para tanto, no es para tanto».

Los alumnos expusieron a la Doctora una breve génesis del nuevo género literario y sus fundamentos teóricos, pero ella los miraba atónita. Consternada, se preguntaba en voz alta «si todo aquello era verídico» o, en cambio, se trataba de «una continuación del descaró». Cercada por los argumentos de los alumnos, decidió dar por cerrada la controversia ordenando a los alumnos «rehacer el informe a la manera tradicional», bajo amenaza de reprobar la materia o aplicar sanciones disciplinarias.

Si nos guiamos por un criterio resultadista, es posible que los alumnos hayan cometido un error al no adjuntar un anexo que desarrollara el concepto de Informe Picaresco y diera contexto a la nueva creación. Sin embargo, los autores consideraban que «una obra debe imponerse por su propia fuerza». Y que, «como el humor, el arte no tiene que ser explicado».

Acorralados, los alumnos terminaron por ceder, traicionándose. Confeccionaron un informe gris, abandonaron sus ambiciones creativas y siguieron el camino que la obtención de títulos demanda. Uno de ellos obtuvo con posterioridad una buena posición en Alemania. Del otro se perdió el rastro, aunque algunos lo describen «perdiendo el tiempo en el primero o segundo cordón del conurbano bonaerense».

Los hombres pasan. Pero las buenas ideas siempre encuentran, tarde o temprano, un espíritu libre que insiste en sacarlas a la luz.

Notas del editor, es decir, también yo:

(1) «La ciencia en Flores», Alejandro Dolina.

• La fórmula del éxito

[El Doctor Ingeniero Armando Sanguinetti ingresa al aula donde dictará la primera clase de su ya clásico curso de Probabilidad y Estadística, en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires. Viste, por supuesto, una camisa a cuadros rojos y azules, jeans negros y zapatos demasiado gastados. Su figura ha sido dañada por años de sedentarismo y parece que su vista también, porque utiliza unos anteojos con gran aumento. Además, parece tener problemas con uno de sus ojos, ya que antes de comenzar a hablar debe acomodarse el párpado un par de veces (con su dedo anular, luego de salivarlo), ajuste que seguirá realizando durante toda la introducción y, más tarde, durante toda la clase. Luego del saludo general, comienza con la introducción.]

Me gusta comenzar este curso preguntando para qué sirven las matemáticas.

[Sanguinetti hace un paneo sobre la clase, invitando a los alumnos a responder. Algunos, con timidez, aportan algunas respuestas que le sirven de pie para continuar.]

Como pueden ver, la mayoría de las respuestas describen aplicaciones concretas, como construir un puente, lanzar un satélite o mantener la contabilidad de una empresa. O estudios de otras ciencias con base matemática, como la Física, la Electrónica o la Informática. Las respuestas son correctas desde un punto de vista técnico, pero a veces lo correcto es la mejor manera de ocultar la verdad.

La respuesta verdadera es mucho más simple: la matemática sirve para entender. Se trata de una herramienta que nos permite organizar conceptos, hacerlos interactuar, ver qué pasa con ellos y sacar conclusiones.

[Sanguinetti hace una pausa que permita a los alumnos digerir las ideas que acaba de verter.]

Veamos cómo esto aplica a la hora de pensar la famosa y por lo general esquiva «fórmula del éxito».

Cada día, legiones de personas equivocadas buscan el éxito, ese resultado tan efímero. Creen, erróneamente, que los llevará a la tan promocionada felicidad. Y lo hacen con tanto ahínco que resulta imposible sugerirles otros caminos.

La forma más eficiente y más improbable de acertar consiste en no equivocarnos. Una alternativa más humana es equivocarnos poco y, sobre todo, rápido. La equivocación rápida nos ahorra valiosa energía y nos reubica con celeridad en el camino del triunfo.

En resumen, ya que somos incapaces de impedir que todas esas personas busquen el éxito, intentaremos ayudarlas a que lo encuentren rápido. Para ello, les proveeremos la «fórmula del éxito». Y cuando digo fórmula, me refiero a fórmula, no a palabreríos.

Comencemos por acordar el significado de la frase «fórmula del éxito». Entendemos por «fórmula» a la estructuración simbólica de factores que conducen a un resultado repetible. Y por «éxito» a la consecución de un objetivo preestablecido, asumiendo que el tiempo y la forma se encuentran subsumidos en él.

Para alcanzar el éxito solo es necesario desarrollar cuatro factores fundamentales: Capacidad, Esfuerzo, Creatividad y Coraje. Está claro que si maximizamos nuestras cantidades de ellos, mejoraremos la consecución de objetivos, mientras que si los minimizamos obtendremos poco y nada. Para que esto sea útil, es necesario encontrar no solo los factores que

contribuyen al éxito (bien sabidos por muchos) sino también la combinación de los mismos, de forma tal que logremos optimizar los resultados.

Lo primero que tenemos que saber es que existen dos factores, la Capacidad y el Esfuerzo, que contribuyen de manera lineal al resultado, mientras que los otros dos, la Creatividad y el Coraje, lo hacen exponencialmente.

[Sanguinetti va hacia un extremo del aula, toma un marcador negro y, dando la espalda, se dispone a escribir en la pizarra. Los alumnos aprovechan la pausa para intercambiar miradas de incredulidad.]

Supongamos la siguiente nomenclatura:

CA = Capacidad

ES = Esfuerzo

CR = Creatividad

CO = Coraje

EX = Éxito

exp = «exponencial», es decir, la función que multiplica un valor por tantas veces el exponente que lo acompaña.

Una posible fórmula que exprese esto podría verse de la siguiente manera:

$$EX = (CA+ES) \exp (CR+CO)$$

[Sanguinetti vuelve a mirar a la clase, aunque deja su mano señalando vagamente la «fórmula del éxito» a la que ha llegado. Luego, prosigue.]

Esta primera versión de la fórmula nos permite comprobar algunos fenómenos que siempre habíamos intuido, pero que ahora podemos apreciar formalizados con claridad.

La Capacidad y el Esfuerzo son importantes y necesarios, pero lineales, predecibles y acotados. La Creatividad y el Coraje son los que aportan vértigo al alcance de un objetivo.

Máximas Capacidad y Esfuerzo con nulas Creatividad y Coraje pueden llegar más lejos que nulas Capacidad y Esfuerzo con máximas Creatividad y Coraje. Aunque no muy lejos.

A niveles similares de todos ellos, tenemos varias situaciones posibles. Si esos niveles son bajos, la Capacidad y el Esfuerzo hacen la mayor contribución. Si esos niveles son altos, lo hacen la Creatividad y el Coraje. Obviamente, si los valores son medios, entonces los factores contribuyen al éxito de una manera más balanceada.

Las conclusiones que pueden sacarse de esta fórmula no se terminan aquí, pero creo que ya hemos entendido el mecanismo de funcionamiento, la parte más importante de un proceso de comprensión.

[Sanguinetti baja la mano y la deja en estado de reposo, adoptando una postura corporal mucho más relajada.]

En general, la Educación y el Trabajo hacen foco en desarrollar la Capacidad y el Esfuerzo, en detrimento relativo de la Creatividad y el Coraje. En el caso de la Educación, la mayoría de las materias y tareas tienen que ver con aumentar la Capacidad en diversas áreas técnicas, a base de Esfuerzo. Esto resulta, efectiva y positivamente, en una mejora de ambas. Si

bien es posible encontrar ejercicios por medio de los cuales se busca ejercitar la Creatividad, no recuerdo ni uno donde el objetivo explícito fuera desarrollar el Coraje.

A su vez, intuyo que el Coraje es más importante que la Creatividad, ya que su presencia resulta indispensable para que esta última tenga algún tipo de valor. Si asumimos que la Creatividad consiste en concebir nuevos caminos, inexplorados y a veces riesgosos, el Coraje es el único motor que puede ponerlos en marcha.

Es por esto último que, en mi tiempo libre, estoy trabajando en un pequeño libro sobre «Estrategias, técnicas y ejercicios para desarrollar el Coraje».

[Sanguinetti hace una pausa casi imperceptible, quizás para medir la reacción o el interés de sus alumnos. Luego gira hacia la pizarra, donde vuelve a apuntar el marcador negro.]

Por lo tanto, podríamos perfeccionar la fórmula de este modo:

$$EX = (CA+ES) \exp (CR \exp CO)$$

Un próximo paso posible en el desarrollo de la fórmula sería la definición de escalas para cada uno de los factores, criterios objetivos para su fijación y la incorporación de factores de ajuste para obtener un rango cómodo de resultados (por ejemplo, de 1 a 10).

De esa forma tan simple hemos arribado a la «fórmula del éxito». Ahora, gracias a la matemática, entendemos mejor. Pero no debemos engañarnos, las conclusiones solo resultan provechosas si nos conducen a nuevas preguntas.

[Con su lenguaje corporal inequívoco, Sanguinetti da por finalizada la introducción. Se escuchan unos pocos y tibios aplausos desde uno de los rincones del aula. Borra la pizarra, tras lo cual vuelve a mirar a los alumnos. Se pregunta, retóricamente, qué es la probabilidad y comienza a hablar sobre el tema.]

- **Técnicas para levantarse temprano (y ser feliz)**

Para mis amigos Fabián y Hernán.

Bien saben ellos que «ser un adulto consiste en irse a dormir y levantarse cuando uno no desea hacerlo».

Levantarse temprano es, dentro de todo, fácil. Lo difícil, si no imposible, es levantarse temprano y ser feliz, todo al mismo tiempo.

Desde los tiempos de la Grecia Antigua, pensadores de las más diversas corrientes han encarado la cuestión, con escaso éxito a juzgar por los pobres resultados que advertimos en la actualidad. Aunque podemos contarlos de a centenas, es posible agrupar a estos pensadores en tres grandes grupos: los Abstractos, los Románticos y los Relativistas.

Los Abstractos

Los Abstractos consideran que el estudio de cómo levantarse temprano no tiene relación alguna con la felicidad. De hecho, desconfían de que la felicidad realmente exista. Argumentan que estos dos aspectos se encuentran «desacoplados» y que, tanto si se es feliz como si no, las técnicas sobre cómo levantarse temprano pueden ser estudiadas y desarrolladas, aunque más no sea para lograr una mayor productividad laboral. A la hora de ejemplificar, sostienen que «aun una vida infeliz se hace más llevadera si no tenemos que levantarnos de manera traumática cada día».

De acuerdo a su visión, las personas se levantan de manera saludable cuando no son coercionadas a hacerlo, por ejemplo, por un despertador. La pregunta fundamental es, entonces, «¿de qué manera podemos levantarnos sin ser coercionados?». Teniendo en cuenta que la coerción nace de la necesidad de cumplir un horario, existen dos enfoques principales dentro de este grupo de pensadores.

El primero de los enfoques, llamado «del límite superior», postula que la mejor manera de no ser coercionado a cumplir un horario consiste en no tener el horario. Para simplificar la tarea del análisis, los adherentes a este enfoque asocian la necesidad de cumplir un horario con la necesidad de trabajar. Y entonces, se preguntan «¿cómo es posible que el 95% de los trabajos requiera de nueve horas diarias y demande ser realizado de 9 a 18? ¿Acaso hay un orden natural detrás de esta organización laboral?». De la pregunta —cuya respuesta negativa es evidente para ellos— se infiere sin dificultad la posibilidad de trabajar en otros horarios, trabajar una cantidad de horas diferente o, en el caso más extremo, no trabajar. Es innegable que estos enfoques solucionan la cuestión, aunque muchos han puesto en duda la verdadera viabilidad de implementar estas ideas para las grandes mayorías. Los críticos de este enfoque, entre los que se destaca Peter Epr (el célebre pensador germano), lo consideran «facilista» o «irreal», cuando no «de una demagogia alarmante».

El segundo de los enfoques, llamado «del límite inferior», sostiene que el enfoque «del límite superior» es una utopía y que deberíamos asumir como un hecho de la realidad la necesidad de cumplir un horario. Por lo tanto, es necesario encontrar maneras de levantarse a tiempo, pero sin el uso de elementos coercitivos como el despertador. Siguiendo esa línea de razonamiento, sugieren la tradicional técnica de «acostarse temprano». En una jugada audaz de

doblar la apuesta, proponen programar el despertador para que suene a la hora de acostarse. Sostienen —a mi modo de ver, de manera inapelable— que «un despertador siempre es menos traumático cuando uno está despierto». Otras ideas, alternativas o complementarias, consisten en irse a dormir con la persiana abierta, comprar una lámpara que simule lo anterior, comprarse un gallo, adiestrar a nuestra mascota, etc. Los defensores de este enfoque son a menudo señalados —en condenables términos personales— como «amargos».

Los Románticos

Los Románticos consideran que el arte de levantarse temprano está íntimamente relacionado a la felicidad. Más aun, creen que podría ser la mismísima causa.

Sostienen que una persona obligada a levantarse de manera traumática —digamos en invierno a las seis de la mañana— «bajo ningún punto de vista puede ser feliz».

Si bien en sus raíces filosóficas se encuentran en las antípodas de los Abstractos, en las consecuencias prácticas —es decir, cómo resolvemos la cuestión— los Románticos tienden a coincidir con los Abstractos del límite superior. Buscan, por lo tanto, deshacerse de la coerción en lugar de tener que adaptarse a ella.

La piedra angular de sus complejas construcciones metafísicas es lo que denominan «el postulado de la golondrina». Según esta tesis, el primer y último paso para eludir las duras mañanas de invierno —es decir, la infelicidad— consistiría en vivir en un lugar de clima cálido, aunque ello implicase periódicas migraciones.

Los Relativistas

Los Relativistas sostienen que existe un factor más importante que la hora de levantarse o la forma de hacerlo. Se trata de «para qué nos levantamos». En su visión, podemos levantarnos con despertador, temprano, tras pocas horas de sueño, con frío y, aun así, encontrar la felicidad en la tarea para la cual nos estamos levantando. Por lo tanto, más importante que «todos los divagues» antes descriptos, lo esencial sería encontrar una razón para levantarse que nos haga felices. Algo por lo cual valga la pena hacerlo, más allá de las condiciones del contexto. Si pudiéramos lograrlo, entonces todo lo demás pasaría a un plano secundario.

Para demostrar la fortaleza de su punto de vista, aseguran que «todos nos hemos levantado felices alguna vez cuando nos espera un viaje, un ascenso o un reencuentro con el ser amado».

Si bien los Relativistas coinciden con los Abstractos en que la forma de levantarse no se relaciona con la felicidad, se diferencian de ellos al asignar a la felicidad un lugar primordial en el abordaje de la cuestión. La diferencia con los Románticos es más evidente y, según los Relativistas, la felicidad puede alcanzarse aun ante un escenario matinal desfavorable.

Por supuesto, existen críticos a la posición de los Relativistas. Consideran estas ideas «demasiado voluntaristas». Sostienen que hasta la más noble y placentera de las tareas se vuelve tediosa si nos vemos obligados a repetirla cada día. Aseguran que esto siempre es cierto, «aunque se trate de comer milanesas a la napolitana». «¿Se imaginan levantarse cada día a las cuatro de la mañana, con diez grados bajo cero, para reencontrarse con el ser amado?», cierran el tema en voz alta.

• Viaje con El Indeseable

Bien sabemos lo desagradable que resulta encontrar a ciertas personas (de ahora en más, El Indeseable) en un transporte público. Muchas veces, el desagrado responde más a nuestro estado de ánimo que a la persona encontrada. «Pobre Fulano, me cae bien, pero preferiría morir lenta y dolorosamente antes que compartir este viaje con él».

Una situación curiosa e incómoda se da cuando percibimos que la otra persona tampoco se alegra de habernos encontrado. Sin embargo, rara vez ocurre que uno de los dos decide practicar el realismo, la honestidad y la generosidad. «Hola, qué tal, todo bien, pero ambos sabemos que no queremos compartir este viaje, así que mejor nos ignoramos hasta el final del recorrido».

Años de viaje en el transporte público me han enseñado que existen decenas de recursos que nos ayudan a evitar el Viaje con El Indeseable. Y años de reflexión me han señalado que esos recursos pueden aplicarse dentro de tres grandes pasos que se escalonan a medida que nuestros esfuerzos se van demostrando estériles.

Paso N°1: evitar

Dado que «es mejor prevenir que curar», la primera serie de recursos está orientada a evitar el encuentro con El Indeseable. Para lograrlo, será importante que lo veamos antes de que él nos vea a nosotros. Necesitaremos estar bien despiertos, por lo que tomaremos una ducha bien fría antes de salir de casa. Aquellos con problemas de visión utilizarán sus anteojos en todo el trayecto, sin excepción.

Una vez que hayamos divisado a El Indeseable evaluaremos si vale la pena tomar el riesgo de viajar en el mismo vehículo (cualquiera sea este) o si, en cambio, esperaremos el próximo. Es muy importante tener en cuenta que esperar podría exponernos a otras versiones mucho peores de El Indeseable. En el caso de seguir adelante, caminaremos a paso vivo tan alejados como nos sea posible, con la mirada clavada en el suelo. Si estamos esperando el colectivo, lo más seguro será esperarlo a la vuelta de la esquina; por supuesto, nos asomaremos de manera disimulada a intervalos regulares. Si se trata de un tren, iremos hasta el extremo más lejano del andén. Bufandas, anteojos oscuros y gorros son recursos válidos, aunque pueden despertar sospechas cuando se utilizan en el subte y/o en pleno verano.

El momento más crítico se nos presentará cuando no podamos evitar las inmediaciones de El Indeseable. Por ejemplo, si éste se encuentra reposando cerca de la parada, la boletería o el acceso al andén. Ante esta situación, profundizaremos las puntas de pie, la respiración contenida y la mirada ciento ochenta grados respecto de El Indeseable. Y buscaremos una velocidad óptima que nos permita alejarnos lo más rápido posible, aunque sin llamar demasiado la atención. Si El Indeseable no quiere viajar con nosotros, colaborará de manera tácita. En cambio, si nos ve y desea hacerlo, comenzará a llamarnos en un tono de voz creciente. Bajo ningún punto de vista volveremos la mirada, ni siquiera si los llamados se convierten en gritos desaforados. Por el contrario, aceleraremos nuestro ya acelerado paso y fingiremos sordera. Si escucháramos que El Indeseable comienza a correr, no dudaremos en correr también. Esto suele dar buenos resultados en el caso de un colectivo, ya que las calles de la ciudad ofrecen generosos espacios. Pero si estuviéramos en un andén de trenes, nos veremos obligados a elegir entre dos opciones francamente desalentadoras: resignarnos a viajar con El Indeseable o arrojarnos a las vías y

correr hacia las afueras de la estación, para volver más tarde y subirnos a la próxima formación. En el caso de un andén del subte estaremos perdidos.

Otro caso en el que nos veremos derrotados será cuando ya estemos en el transporte público y El Indeseable nos sorprenda en alguna de las siguientes paradas, no pocas veces por la espalda. Desprevenidos, la sorpresa en este caso será no solo física, sino también emocional. El Indeseable nos encontrará desarmados, presos de la tranquilidad del que se cree a salvo, y las consecuencias serán devastadoras.

Paso N°2: escapar

El Indeseable nos ha capturado. No tenemos más remedio que avanzar hacia el siguiente conjunto de recursos, cuyo eje central se sustenta en la idea de escapar. De otro modo, nos veremos obligados a mantener una conversación que no nos interesa, quizás durante decenas de minutos.

Para comenzar, contamos con el ya mencionado y siempre disponible recurso de la honestidad descarnada. «Hola, qué tal, todo bien, mirá, la verdad no quiero compartir el viaje con vos y como no puedo moverme voy a quedarme callado mirando hacia el otro lado». La mentira piadosa es más amable, pero menos digna de orgullo. «Hola, qué tal, todo bien, mirá, voy al centro a rendir mi examen de chino y estoy repasando vocabulario mentalmente, ¡pero todo bien eh!».

La siguiente opción, bajarse, también está siempre disponible. Ya lo dice Epícteto: «Recuerda lo esencial, la puerta está siempre abierta, por lo tanto puedes irte cuando quieras». Lo bueno de aplicar este recurso en el subte es que la próxima formación vendrá bastante rápido, gracias a su mayor frecuencia. En el caso del colectivo o del tren, ni siquiera sabemos si vendrá.

El caso de escape más complejo es, sin dudas, el colectivo, donde no encontraremos muchas escapatorias. En general, El Indeseable se percatará de que queremos evitarlo si le decimos que vamos a «buscar un asiento en el fondo», teniendo en cuenta que aun desde adelante puede verse todo el colectivo. La situación se tornará más evidente todavía si, luego de ello, nos quedamos en el fondo, a escasos dos metros de distancia. En el tren o en el subte, las perspectivas de ir a «buscar un asiento» son mejores, a menos que el transporte esté muy lleno.

Cuando viajamos en tren, es clásico el recurso de «me bajo en la próxima». Consiste —en efecto— en bajarnos en la próxima estación y movernos hacia otro vagón de la misma formación. Es importante tomar en cuenta la posibilidad de que la otra persona nos reencuentre, ya sea al bajar o antes, quizás por efecto general de las famosas Leyes de Murphy. De darse esta circunstancia, nos veremos obligados a fingir amnesia, desmayo o, en el peor de los casos, iniciar alguna clase de escándalo público.

Paso N°3: sobrellevar

Por diferentes razones, a veces lo indispensable resulta también imposible. Un último recurso, descartada la escapatoria, consiste en hacer divertido o conveniente lo inevitable. No podemos cambiar lo que nos ocurre, aunque sí nuestra reacción ante ello.

La primera de las alternativas consiste en intentar estrechar lazos, de una vez por todas, con El Indeseable. Quizás debajo de este sujeto decadente e hipócrita se esconde un gran corazón que espera con ansias ser descubierto.

Si bucear en las profundidades del alma de El Indeseable nos resulta demasiado ambicioso,

entonces nos limitaremos a intentar venderle algo. Esto es, a grandes rasgos, lo que hacen todos los vendedores, por lo que no hay razón para sentirse culpable.

Si no contamos con ningún producto para venderle a El Indeseable, entonces lo adoptaremos como campo de trabajo para nuestro desarrollo personal y/o profesional. Si somos psicólogos, escarbaremos sin reservas en los rincones más oscuros y frágiles de su mente. Si somos actores, le relataremos historias increíbles y las sostendremos hasta las últimas consecuencias. Etcétera. En definitiva, se trata de una excelente oportunidad para extralimitarse, posibilidad de la cual no siempre disponemos.

• Los deportes burocráticos

Como ocurre con las personas, no todos los deportes son iguales. Algunos son mejores que otros. Pero para llegar a conclusiones sobre lo bueno, siempre tan relativo, necesitamos de conceptos mucho más mundanos, medibles y hasta indeseables, como el tiempo y el dinero. Ese ejercicio nos conducirá irremediabilmente a una primera revelación: existen deportes que son burocráticos y deportes que no lo son.

Los No Burocráticos son aquellos que permiten ser practicados de inmediato, por cualquiera y en cualquier lugar. Estamos hablando de deportes simples y directos, accesibles al hombre de a pie, que no requieren ni tiempo ni dinero, como el fútbol, el vóley, la danza, las artes marciales, etc. Tomemos el caso del fútbol, el deporte más popular del mundo. Se puede jugar de a uno, de a dos o de a cien; con una pelota, con una naranja o con una lata; en el patio, en la calle o en la playa; de día o de noche, con lluvia o sin ella. Estos deportes generosos son conocidos también como «deportes nobles» o «deportes democráticos».

Por el contrario, los Burocráticos son aquellos que requieren tiempo y/o dinero para ser practicados. Y son, por lo tanto, asiduos marginadores de las grandes mayorías. Podemos imaginar varios de ellos sin esfuerzo —en verdad, me canso tan solo de imaginarlos— y comenzar a degustar su inconfundible sabor artificial. Si además de imaginarlos comenzamos a analizarlos, encontraremos que los Burocráticos pueden ser divididos en tres subcategorías, ordenables de menor a mayor de la siguiente manera: Temporales, Dinerarios y Totales.

Los Burocráticos Temporales son aquellos que requieren tiempo para ser practicados. Se trata de deportes que nos demandan preparación, ya sea porque necesitamos esperar el momento oportuno (turno, clima, adversario, etc.), ya sea porque nos exigen movilizarnos hasta el lugar adecuado para practicarlo (a un espacio acuático, a una montaña, a una cancha, etc.). Si tomamos como ejemplo la escalada, encontraremos que a menos que vivamos en la montaña tendremos que invertir tiempo (horas, quizás días) en movilizarnos hasta allí o, peor aún, tendremos que pedir un turno en esos galpones especiales de práctica llamados «palestras», ir al lugar y finalmente pagar por su uso. Moviéndonos de manera inconsciente —y bien sabemos que la inconsciencia no anula las consecuencias— hacia el mundo de los deportes burocráticos dinerarios.

Los Burocráticos Dinerarios son aquellos que requieren dinero para ser practicados. Capacitación, equipamiento, viajes, transporte, accesos, etc. No demos más vueltas, hablamos de ski, windsurf, buceo, aladeltismo y todos esos deportes que surgen de manera inevitable cuando los salarios elevados y el aburrimiento terminan por encontrarse. Son muchas veces utilizados —no siempre— para diferenciarse socialmente y/o como tema de conversación.

Los Burocráticos Totales son aquellos que pertenecen de manera simultánea a los Burocráticos Temporales y a los Burocráticos Dinerarios. Por la Segunda Ley (que conoceremos en breve), son casi los mismos que los Burocráticos Dinerarios, pero con sutiles diferencias. Incluyen el buceo, la náutica, el automovilismo, etc., pero no el ciclismo. Siempre que estemos en la búsqueda de la felicidad, debemos evitarlos. La única cosa peor que practicar un Burocrático Total consiste en no practicar ningún deporte.

Si algo ha dado prestigio a la Teoría de los Deportes Burocráticos ha sido el visto bueno de Peter Epr, el notable pensador germano, quien además ha realizado algunos desarrollos

posteriores sobre el tema. Se destacan sus Tres Leyes Fundamentales sobre los Deportes Burocráticos, conocidas en el ambiente como las Leyes de Epr.

La Primera Ley de Epr establece que los Burocráticos, dentro de cualquiera de las subcategorías, no son todos iguales. Pueden ser de baja intensidad o de alta intensidad, según el nivel de tiempo y/o dinero que nos demanden. Por ejemplo, el motociclismo es de mayor intensidad que el ciclismo. Es por ello que, condenados a una categoría, los de baja intensidad son preferibles.

La Segunda Ley de Epr establece que un Burocrático Dinerario es también, casi siempre, un Burocrático Temporal. Esto no se basa en la extendida idea de que «el tiempo es dinero», ya que si así fuera el inverso sería también verdadero, algo que no se verifica. Las razones, en cambio, deben buscarse en que todo lo que demanda dinero (por ejemplo, equipamiento) también demanda tiempo de preparación, mantenimiento, traslado, etc.

La Tercera Ley de Epr establece que los deportes pueden ser burocráticos o no, y de diferente tipo e intensidad, dependiendo del contexto. Es el caso de la natación. Si vivimos frente a una arenosa playa en Ecuador entonces —además de ser felices— estaremos hablando de un No Burocrático. Pero si vivimos en Buenos Aires, la natación nos demandará tiempo (anotarse en el club, hacer la revisión médica, preparar el bolso, cambiarse, etc.) y dinero (pagar el club), convirtiéndose en un Burocrático Total, aunque de baja intensidad.

Por otro lado, es importante comprender que los Burocráticos pertenecen a la categoría de «lujo», ya que no todos tenemos el tiempo ni el dinero para dedicarnos de manera voluntaria a una actividad burocrática. Como un automóvil caro o una casa cara. Y cuanto más asciende el deporte en la escala de la burocracia y mayor es la intensidad dentro de esa escala, entonces mayor es el lujo del que estamos hablando. Más allá de las críticas morales y filosóficas a los lujos que podamos tener, estos tienen un problema más práctico. Aplicado al mundo de los deportes, atentan contra nuestra libertad de practicarlos, ya que por definición requieren de más y mayores precondiciones, varias de las cuales pueden no depender de nosotros. A esto debe añadirse que los Burocráticos cuentan con menos personas que los practican, lo cual no solo nos dificultará la propia práctica, sino que también nos limitará la valiosa dimensión social que el deporte nos ofrece.

Por lo tanto, como conclusión general, a menos que sintamos una genuina e inmanejable pasión por la motonáutica u otros deportes por el estilo (lo cual me parece improbable), lo más sabio será no comenzar a practicar deportes burocráticos. Si ya hemos comenzado alguno, abandonarlo. Y en su lugar escoger un deporte simple, noble y democrático que podamos practicar siempre y con todos.

• **Vamos redondeando querido**

Corría el año 2002 cuando por primera vez tomé conciencia del problema de «vamos redondeando querido». Yo lo había experimentado decenas de veces, directa o indirectamente, pero nunca antes había logrado conceptualizarlo. Las causas de ese nuevo entendimiento resultan secundarias, lo cual no impide identificarlas con claridad. Son muchas y van desde el aburrimiento presente en el caso disparador (que veremos a continuación) hasta la llegada de una edad crucial en la vida del hombre, cuando por fin se da cuenta de que el tiempo es escaso.

El Profesor Muslera insistía en extender su clase universitaria de Física I más allá de las cuatro horas que ya le había dedicado. Los minutos pasaban lentamente, como siempre que uno es torturado, al tiempo que las fórmulas sobre la pizarra se multiplicaban sin piedad. Súbitamente, un alumno brillante, desde el fondo, acotó «disculpe Profesor... ¿podríamos ir redondeando? ... porque se nos va la vida...»

El episodio fue un baño de claridad. Desde ese momento, descubrí la existencia de un problema definido que se repetía. Durante los años que siguieron, comencé a delinear una guía de acción destinada a todas aquellas almas en pena que padecieran la desgracia de enfrentar este tipo de situaciones.

Solo fue a comienzos de 2011 cuando pude dar por terminada esa tarea, gracias a un claro caso de «vamos redondeando querido» que se dio al momento de comprar un pasaje de micro.

La persona delante de mí —una señora— intentaba comprar un pasaje, aunque luego de varios minutos de consultas inútiles me pregunté si su verdadera intención no era, en verdad, pulverizarle el cerebro al pobre hombre que vendía los pasajes.

Señora: Quería comprar un pasaje.

Pobre hombre: ¿A dónde va, señora?

Señora: A Santa Teresita.

Pobre hombre: ¿Para cuándo?

Señora: Y... sábado a la noche.

Pobre hombre: ¿A qué hora?

Señora: ¿Y a qué hora puede ser?

Pobre hombre: Mire, tiene a las 22, a las 23 y a las 24...

Señora: Aaaah... ¿y nada más?

Pobre hombre: Sí, claro, tiene antes y tiene después... ¿a qué hora quiere?

Señora: ¿Y antes de las 23 solo eso?

Pobre hombre: Sí, a las 22... o antes.

Señora: Aaaaah... (piensa)

Pobre hombre: (silencio)

Yo esperando: (¡la puta madre!)

Señora: Claro, porque se me haría muy temprano a las 22...

Pobre hombre: (silencio)

Señora: ¿Y a qué hora llega el de las 23?

Yo esperando: (¡noooooooooooooo!)

Pobre hombre: A las 5.

Señora: ¿Y el de las 22?

Pobre hombre: A las 4.

Señora: ¿Y el de las 21?

Como cualquiera puede imaginar, todavía quedaba definir el horario, el asiento y todos los aspectos del pasaje de vuelta. Uno había estado reflexionando sobre la cuestión, por lo que rápidamente se daba cuenta de la clase de problema que estaba enfrentando. Y debía asumir la responsabilidad de tomar una decisión que pusiera fin a los abusos en el uso del tiempo ajeno. Las posibilidades resultaron ser varias:

1. *Paciencia*. Seguimos contemplando la situación y perdiendo nuestro tiempo, desangrándonos por dentro. Resulta trivial.
2. *Intervención amable*. Consiste en dirigirnos a la señora de buena manera y pedirle si por favor puede acelerar el trámite. Ejemplo: «Señora, tengo la comida en el fuego, ¿podría terminar su compra de una vez o dejarme el lugar?».
3. *Intervención amable indirecta*. Consiste en dirigirnos al pobre hombre de buena manera, ignorando a la señora, y pedirle si por favor puede acelerar el trámite. Ejemplo: «Mire buen hombre, tengo la comida en el fuego, ¿podría terminar esta venta de una vez o darme prioridad?»
4. *Intervención poco amable, pero optimista*. Se trata de sobreponernos a la ansiedad destructiva con un poco de humor, no solo para nosotros, sino también para los demás. Ejemplo: nos ubicamos detrás de la señora y miramos al pobre hombre que intenta vender el pasaje, haciéndole gestos cómplices y divertidos. Nos mordemos los labios, movemos la cabeza en forma de ‘no’ y expresamos con nuestras manos lo agotadora que es la señora. Podemos ampliar la actuación al resto de los que esperan. Cuando la señora advierta que algo ocurre y se de vuelta, miraremos el techo con determinación.
5. *Intervención poco amable, pero comprometida*. Consiste en interpretar que la señora realmente tiene un problema y acudir en su ayuda. Ejemplo: «Señora, creo que el de las 22 es la mejor opción para usted... arriba, pasillo, atrás y a la derecha». Ya dirigiéndonos al pobre hombre, «para la vuelta, dele tres días después, mismo lugar y mismo todo; ¡chau señora!».
6. *Intervención maestra*. Consiste en poner en práctica lo que aquel alumno brillante y anónimo nos enseñó en aquel lejano año 2002. Ejemplo: nos paramos en medio del salón de espera para captar la atención de los presentes y en voz firme (o gritando) decimos «¡Vamos redondeando querida, que se nos va la vida!».

Qué triste es el final

Cómo contactarme

- *Web, jmguerrera.com.ar*
- *Blog, medium.com/@jmguerrera*
- *Email, jmguerrera@gmail.com*

«Libro a la gorra»

Como te comenté al comienzo del libro (ver página 5), este es un «libro a la gorra». Si lo deseás, podés contribuir al financiamiento de esta obra de las siguientes maneras:

- En efectivo, cuando me veas o a través de un conocido en común.
- Medios bancarios. Alias: jmguerrera1
- Tarjeta de crédito y otros. En mi Web, *jmguerrera.com.ar/contribuir*

Al momento de publicarse esta edición, el financiamiento entero corre por mi cuenta. Todos los ejemplares serán liberados por mí de una u otra manera. Lo hago porque creo en la obra. Y también, quizás, porque estoy equivocado y no puedo verlo.

El dinero que recaude voy a destinarlo a financiar el desarrollo de la obra. En particular, esta edición y ediciones posteriores.

Por otro lado, este formato de financiamiento facilita la circulación de los libros, buscando eludir los obstáculos que presentan la distribución, el marketing y la venta. Lo mejor que podés hacer por la obra es hacer circular este libro.

Otros libros de mi autoría

- «Una aventura miserable».
- Libro en desarrollo, se publicará a fin de 2018.

Cómo conseguir mis libros

- Librerías de Buenos Aires, Mar Azul y otros lugares. Consultar en mi Web.
- Las versiones digitales de mis libros pueden descargarse gratis en mi Web.

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís a financiar la obra.
- Hacés circular el libro.
- Compartís en redes sociales tu cuento favorito. Los encontrarás publicados en mi blog, listos para ser compartidos. ¡Googlealos!
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ponés en contacto con alguna librería a la que pueda interesarle ofrecer mis libros.
- Me ayudás a traducir los cuentos a tu idioma, sin importar lo extravagante que sea.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa versión ilustrada de la tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la sombra.»
Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y su nuevo libro «Un encuentro de dos minutos», disponible en las librerías de Mar Azul.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A mi amigo Oto, por su ayuda en todos los frentes de este libro.

A mi amiga Ivana, quien me ayudó a revisar los textos de esta edición.

A Branka, María Alejandra, Amanda y Pablo, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y alemán. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A María, por su ayuda desinteresada desde su estratégica posición en la librería.

A mis amigos Germán, Guido, Noe, Pablo, Adri y Fer por su permanente disposición a ayudarme en todo lo que sea necesario.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su permanente y poco serio asesoramiento. Y su vino de gran calidad.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A todos los que todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; ya que toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»
Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que me «deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. En 2016, auto-publiqué «Punto Rosalía». Y en 2017, «Una aventura miserable».

Nunca participé de un taller literario, lo cual quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento. Todo lo que hago, lo hago porque quiero.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires, pero crecí en el conurbano. En San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes, principalmente en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Guerrera, Juan Manuel
Punto Rosalía / Juan Manuel Guerrero. - 2a ed revisada. - San Andrés : Juan Manuel Guerrero, 2018.
144 p. ; 17 x 11 cm.
ISBN 978-987-42-7162-4
1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

Segunda edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante Marzo de 2018. 2000 ejemplares. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.

Índice

r

- «Libro a la gorra» y otras notas 5
- Punto Rosalía 9
- El duelo 17
- El hotel 21
- El aplauso 25
- Lo posible 31
- Ficción o realidad 37
- La cena 41
- La mezquita Asimov 49
- El fugitivo 55
- El trabajo 59
- El iluminado 67
- El día más triste de mi vida 71
- Postales perdidas 73
- La lección 79
- Mano a mano con «El Tinto» Sosa 85
- El Informe Picaresco 97
- La fórmula del éxito 107
- Técnicas para levantarse temprano (y ser feliz) 113
- Viaje con El Indeseable 119
- Los deportes burocráticos 125
- Vamos redondeando querido 131